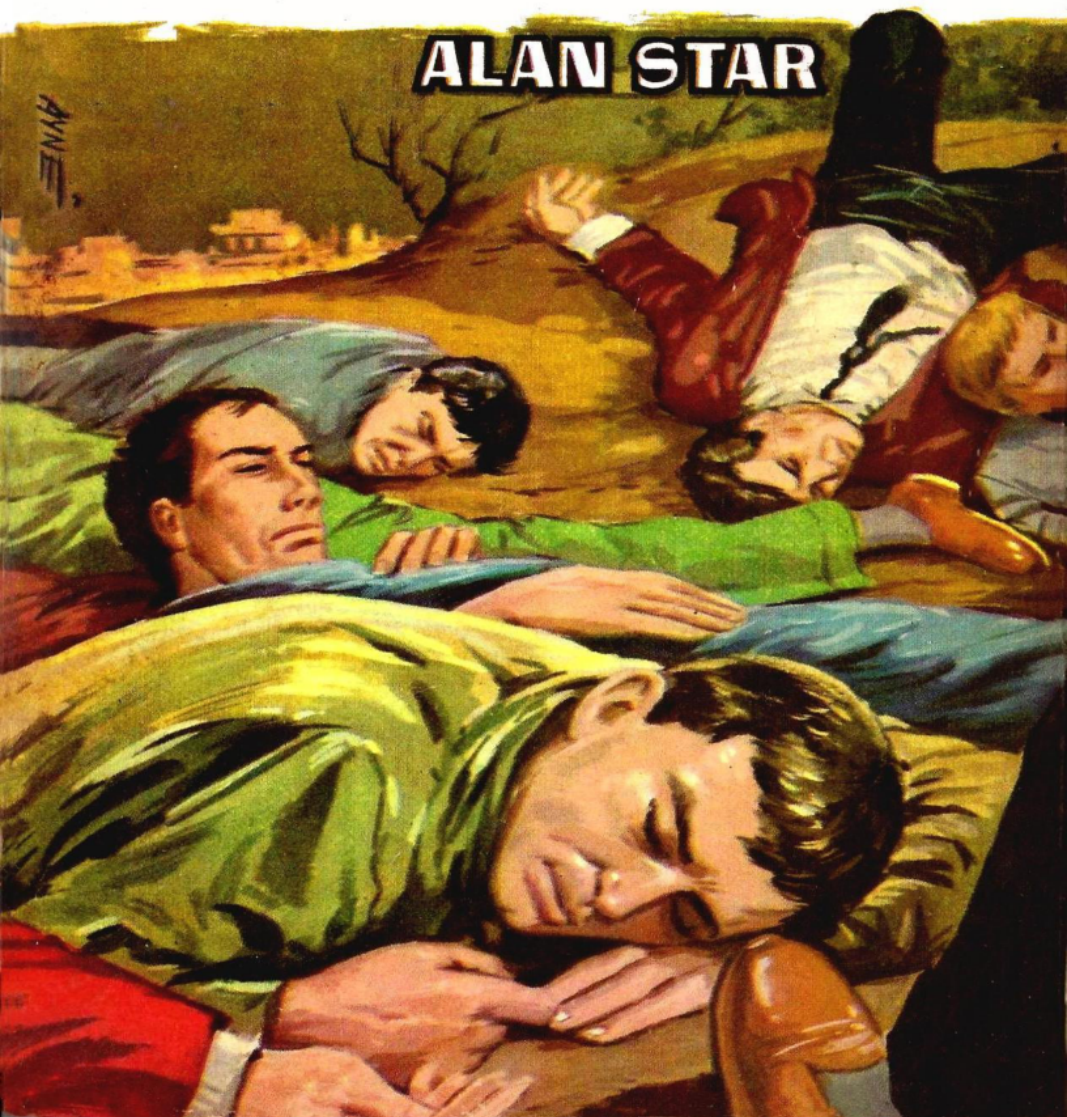


PODER INFERNAL

ALAN STAR



PODER INFERNAL



Poder infernal

Por

ALAN STAR



EDICIONES TORAY, S. A.
Arnaldo de Oms, 51-53
B A R C E L O N A

© Ediciones Toray, S. A. – 1961

Depósito legal B.431 - 1961

Número de Registro: 290 - 1961

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

Impreso por ED. TORAY, S.A.- Arnaldo de Oms, 51-53 – Barcelona

PODER INFERNAL



CAPÍTULO PRIMERO



A nieve caía densamente, pero la oscuridad de la noche hacía que su blancura no existiese más que en los lugares donde la luz artificial se reflejaba sobre ella. El resto estaba hundido en la negrura y la blanca capa que ya cubría la tierra tenía un color indefinido y sucio, casi grisáceo cuando la penumbra llegaba hasta el suelo.

Un viento inquieto se enredaba aullando por entre los hilos telefónicos, arrancando de los postes los blancos copos que se habían acumulado en ellos. Entonces, deteniéndose un tanto, como si la carga de nieve que llevaba lo hiciese más lento, terminaba por chocar contra las paredes que rodeaban al Centro de incineración.

Un gemido brotaba de los hilos eléctricos que vibraban en lo alto de los postes. En los raros momentos en que el viento se recogía sobre el suelo, como si descansase de su tremenda carrera, el silencio era intensísimo, como si desease guardar la quietud del macabro lugar por donde pasaba,

No lejos del Centro, una carretera ondulaba sobre la llanura; pero a aquellas altas horas de la noche, ni un solo vehículo la cruzaba. Y sólo el aullido del viento poblaba la extensión inmensa, repleta de negrura hasta el infinito.

El helicargo avanzaba penosamente, defendiéndose contra los azotes del viento.

Los remolinos de nieve lo envolvían y los rotores luchaban desesperadamente por vencer la blanca y densa cortina que les rodeaba. Al girar, las palas lanzaban lejos montones de nieve y una zona vertiginosa se formaba alrededor del aparato.

Seis hombres iban en el interior del vehículo aéreo y algunos de ellos temblaban, aunque no fuese precisamente de frío.. Parecía como si la soledad del paisaje influyese sobre ellos; pero, en realidad, sus cerebros no podían olvidar la misión que debían realizar.

Había un miedo primitivo en sus mentes. Porque hacía ya muchísimo tiempo que el hombre no se había enfrentado con la realidad de un cadáver. Modernizados los sistemas de incineración, los muertos eran inmediatamente enviados a ellos, donde se procedía a su destrucción de una manera automática.

Por ello, los hombres que iban en el helirrotor experimentaban el mismo temor que había sentido siempre el hombre ante la muerte.

No obstante, aquellos hombres salidos de las capas más bajas de la sociedad, no podían vanagloriarse de poseer verdaderos escrúpulos. Todos ellos habían estado en alguna. Penitenciaría y su hoja de antecedentes estaba llena de pequeños delitos que, sin embargo, marcaban en ellos una inclinación criminal nata.

Entre ellos había ladrones y asesinos. Y estos últimos, que habían conseguido hasta entonces engañar a la Ley, eran capaces de disponer de la vida de un hombre por unos cuantos créditos, sobre todo cuando el dinero escaseaba en sus bolsillos, y esto sucedía casi siempre después de alguna partida de cartas.

Sin embargo, al acercarse ahora al Center, no se sentían tan dueños de sí mismos como de costumbre. Todo su aparente valor se fundía como la nieve ante los rayos de un fuerte sol. Lo que ocurría era que sus almas, en lo más hondo, distinguían perfectamente la diferencia entre atacar a los vivos y mezclarse con los que ya estaban fuera de su alcance y de la potencia de sus armas.

Sólo un hombre, el que iba junto al conductor del aparato, no estaba sumido en aquella medrosa preocupación que asaltaba a los otros. Sus ideas estaban lejos de la realidad que le rodeaba y hubiera sido sorprendente poder leer sus pensamientos que, en aquellos momentos, rozaban los límites de la especulación científica.

Era un sabio.

Claude, el conductor, estaba también un tanto inmunizado contra el temor primitivo que asaltaba a los otros. El haber trabajado al lado del profesor le había dado una nueva visión de la vida y ahora era capaz de sonreír mientras los otros —y él lo sabía— temblaban de pánico a medida que se acercaba el momento de la acción.

El helirrotor estaba ya cerca del Center. Y aunque aún no era visible la

cúpula metálica que rodeaba a la parte central del edificio, el conductor fue reduciendo la marcha, consciente de los reflejos que se pintaban en la minúscula pantalla de radar que llevaba sobre su tablero de mandos.

Como si la nieve protestase por la irrupción de los hombres en aquel lugar alejado y hasta respetuosamente construido lejos de las ciudades, se arremolinó furiosamente, como si deseara interponer una postrera e inútil barrera entre el aparato y su ya próximo objetivo.

Los focos del helirrotor terminaron, a pesar de la nieve, por iluminar la cúpula metálica del Center.

—Reduce la marcha — ordenó el profesor —. Cuando hayas sobrevolado la cúpula, déjate caer, dulcemente, sobre una superficie que hay a la derecha: es un minúsculo patio donde podremos posarnos tranquilamente.

El aparato, guiado con precisión por la mano del conductor, pasó rozando la cúpula, terminando por posarse sobre el rectángulo diminuto que el profesor acababa de señalar.

Éste se volvió a los hombres que estaban sentados tras él y ordenó:

—¡Vamos! ¡Ha llegado el momento!

Hubo miradas rápidamente cruzadas y dudas en la expresión; pero, finalmente, los seis hombres fueron saliendo, uno a uno, dejándose caer sobre la blanca capa de nieve que cubría el minúsculo recinto del patio.

Una iluminación pobre caía parcialmente sobre la cúpula vecina. Y hacia allí, precedidos por el profesor, se dirigieron los hombres, cuidando de sacar sus armas mientras avanzaban hacia la entrada.

* * *

Los dos hombres se habían detenido en el extremo de la tubería para encender sendos cigarrillos. Uno de ellos, el más alto, había detenido el motor que movía la cinta-sin-fin y su ruido se apagó, mientras el otro levantaba aquella especie de pantalla de rayos X que caía exactamente sobre la galería.

En el lugar donde estaban los hombres, la galería estaba cubierta por su parte superior, dejando ver el tapiz por el que, cuando todo estaba en marcha, pasaban los cuerpos procedentes de las cámaras frigoríficas.

El más alto suspiró.

—¿Cuántos quedan, Robert? —preguntó después.

Su amigo, regordete y sonriente, cosa que Lewis no llegaba a comprender nunca, echó una ojeada al contador que tenía a su lado.

—Dieciocho.

—¡Es interminable!

—Ya lo sé.

—Si nouviésemos que hacer esta última identificación, antes de lanzarlos al horno, acabaríamos en la mitad del tiempo.

—¿Y por qué no...?

El otro le fulminó con la mirada.

Después gruñó:

—¡No digas idioteces! Ya sabes que el otro equipo fue expulsado por hacer una cosa así. Y... ¿dónde sacarías el sueldo que ganas aquí? Estamos magníficamente pagados y ya sé que tenemos algunos inconvenientes, como tener que pasar una semana encerrados en un lugar como éste, completamente solos... si no contamos con la desagradable compañía de los fiambres.

—No me gustan tus bromas. Esto es demasiado serio para hablar de esta forma.

—¿Y a mí qué? Pero lo que no puedo consentir es que juegues con mi porvenir. Estoy ahorrando y dentro de un año podré pedir la excedencia, casarme con Peggy y poner un comercio en cualquier ciudad pequeña, donde nadie sabrá nunca el trabajo que he hecho.

Robert lanzó una carcajada.

—Nunca lo conseguirás.

—¿Por qué? — se amoscó el otro.

—Porque olemos a muerto, amigo mío.

—¡Mentira!

—Eso es lo que me dice Thelma cada vez que vuelvo a casa. Ni siquiera deja que me acerque a ella... y mucho menos a los chicos. Está deseando que cambie de trabajo.

—¡Bah! Lo que ocurre es que tu mujer no está bien de la cabeza.

—¡Déjame en paz! ¿Seguimos?

—Espera que acabe el pitillo.

Echó una mirada a la pantalla.

—No está mal hecho esto de que cada cadáver, antes de ser quemado, sea fotografiado por ese aparato. Así no hay dudas.

—¡Qué bruto eres! Ese aparato no saca fotografías.

—¿Entonces?

—Es un «regulador» que se queda con la estructura ósea, del cuerpo, tomando al mismo tiempo las huellas dactilares y todos los detalles personales del muerto.

El alto se quedó pensativo.

Luego exclamó:

—¡Y pensar que un día pasaremos tú y yo por este mismo sitio y que habrá otros tipos, como nosotros, que fumarán un pitillo y discutirán de lo mismo!

—Yo espero que tú pases primero...

El alto se estremeció.

—¡Un día te romperé los morros!

—Bueno... déjate de amenazas y sigamos con el trabajo. Cuanto antes

terminemos, antes podremos irnos a dormir.

Tiró el cigarrillo y pulsó la palanca que hacía descender la masa plana de la pantalla. El otro, el alto, que todavía miraba a su compañero con rencor por las palabras que le había dicho, oprimió el botón que puso en marcha la cinta por la que no tardaría en aparecer el primer cadáver.

* * *

Los hombres del helirrotor habían llegado junto a la entrada de la cúpula y uno de ellos, especialista en cerraduras, introducía ya una llave de las llamadas «universales», con dientes magnéticos adaptables.

Hubo una espera.

Luego el hombre empujó suavemente la puerta que giró sin ruido sobre sus bien aceitados goznes.

Una sala amplia se abría ante ellos y todos, incluso el llamado profesor, se estremecieron, ya que la temperatura allí era muy baja. Alineados sobre mesas individuales habían dieciocho cadáveres, seis de los cuales eran de mujer.

El hombre que parecía dirigir aquello, volvió sobre sus pasos, acercándose al grupo que se había quedado un poco rezagado.

—Adelante — dijo —. Es aquí. Preparaos a escoger los mejores.

El conductor miró a los hombres, viendo en sus rostros un claro reflejo de miedo.

—¿No habéis oído al profesor? — dijo con voz dura.

Pero el hombre se adelantó y mientras los otros avanzaban, retuvo al conductor por un brazo, haciéndole sentir la presión de sus dedos de acero.

—¿No te he dicho que no me llames «profesor» delante de éstos, imbécil?

—Perdón — musitó el conductor, palideciendo.

—Bueno, apresurémonos ahora. Los tipos del Center van a darse cuenta de que estamos aquí... y no quisiera intervenir más de lo prudente.

Se acercó a las mesas y fue designando los cuerpos que más convenían a sus propósitos y señalándolos a los seis hombres que, con los ojos desorbitados obraban como hombres mecánicos, fue ordenando que saliesen, cargados por parejas con un cuerpo helado y tieso como un tablón.

—¡Tened cuidado!

Se había dado cuenta de que los mecanismos mandados desde el interior se habían puesto a funcionar y viendo que las correas sin fin se llevaban los cadáveres, cambió algunos de ellos con la ayuda del conductor, dejando en la fría sala los que le convenían.

Mientras, los otros seguían trasladando su fúnebre carga y colocándola en el aparato.

Diez cadáveres habían sido llevados al helirrotor y aquélla era la cifra que el profesor necesitaba. Cuando hubieron terminado con el transporte, los

hombres miraron al hombre de ciencia con un respeto mezcla de temor y superstición.

—Ya tenemos bastante — dijo el jefe de la expedición —. Regresemos al aparato.

No tuvo necesidad de repetir la orden, pues los hombres deseaban abandonar aquel tétrico lugar cuanto antes. Pero cuando llegaron junto al aparato, los temores volvieron a aparecer, sobre todo cuando los hombres tuvieron que acomodarse junto a los helados cuerpos.

—¡Tened cuidado y no estropeéis ninguno!

Los hombres se agruparon a un lado, mirando con terror los cuerpos que yacían en el suelo de la amplia cabina.

Momentos después, el aparato despegó tan silenciosamente como había llegado, sin que su presencia hubiera sido notada.

La nieve seguía cayendo.

Con los ojos desorbitados, antes de apretarse contra los otros para evitar que uno de aquellos cuerpos le rozase, uno de ellos gritó, pálido como la cera:

—¡Maldición! ¡Ya veréis qué mala suerte va a traernos esto!

—¡Calla, estúpido! — replicó su vecino —. Ya tenemos bastante miedo para que tú lo aumentes con tus idioteces.

Un tercero, un verdadero coloso, volvió la cabeza hacia los dos que seguían discutiendo. Hacía muy poco que, gracias a la ayuda del «profesor» había salido de una Penitenciaría cerca de Los Ángeles, cuando estaba esperando en la celda de los condenados a muerte la llegada del instante en que pasaría a la Cámara Electrónica.

Pero el profesor le había salvado.

—¡Cobardes! Es cierto que esta clase de trabajos no es nada agradable, pero si pensamos en que cada uno de los fiambres va a proporcionarnos cinco mil créditos, creo que vale la pena haber pasado un poco de miedo. ¿No es cierto?

Al oír hablar de dinero, los ánimos se tranquilizaron como por ensalmo, pues cincuenta mil créditos significaban una cantidad capaz de terminar con las preocupaciones de la banda por una buena temporada.

Estaba amaneciendo cuando el helirrotor se posó en una terraza de los alrededores de Boston. La casa era alta y poseía un hermoso jardín que la rodeaba por completo. También había una rampa por la que descendió el aparato para terminar entrando en un hangar que se cerró tras él.

Una vez en el interior del hangar, el coloso fue el primero en saltar fuera del aparato, echando una curiosa ojeada mientras los otros se ocupaban, dirigidos por el profesor, de sacar los cadáveres que condujeron por un pasadizo que unía el departamento con la casa.

Bill, el escapado de la celda de los condenados a muerte no era un hombre agradecido. Estaba plenamente convencido de que el «profesor» le había

sacado de aquel aprieto porque le necesitaba, ya que había sido él, en efecto, el que reunió a los demás para proceder al robo de cadáveres.

El conductor del helirrotor, que debía ser el hombre de confianza del profesor, se apresuró a cubrir con lonas los tres vehículos automóviles que allí había; pero Bill aprovechó la primera ocasión que tuvo para, sin que el otro se diese cuenta, levantar una de ellas y echar una ojeada a la matrícula de aquel coche.

Era de Washington.

«Si supieras, amiguito — pensó Bill — lo que va a costarte tu poco cuidado...»

Más tarde, cuando los cadáveres quedaron instalados en la cámara frigorífica que el profesor tenía bajo su laboratorio, el conductor del helirrotor llevó a los bandidos a una habitación del sótano en la que, sobre una mesita, había una bandeja con bocadillos y un par de botellas de inmejorable whisky escocés.

—¡Adelante! — gritó Bill —. Aquí tenemos algo para olvidar lo pasado. — Se dirigió al conductor —: Tú ve a ver a tu amo y trae lo prometido. Tenemos ganas de «palpar» los billetes.

Hunter, el conductor, abandonó la estancia, cuya puerta cerró cuidadosamente. Por una escalera de caracol, se dirigió al piso superior. Fue directamente al laboratorio donde encontró a su amo que estaba consultando unas notas.

—¿Ya está? —inquirió al verle entrar.

—Todo terminado, señor — repuso Hunter.

—¡Ya puedes llamarme profesor, idiota!

—Sí, profesor.

—¿Dónde has dejado a esa gentuza?

—En el salón de abajo, como usted me dijo.

—¿Has cerrado la puerta?

—Sí.

—¿Te ocupaste de las ventanas ayer, como te dije?

—Lo hice.

—De acuerdo.

Una sonrisa entreabrió los labios del hombre de ciencia.

Luego, sin decir nada más, se acercó a uno de los aparatos que ocupaba un ángulo del laboratorio y manejó con extrema habilidad una serie de mandos que había en un tablero horizontal.

Algo parpadeó antes de iluminarse por entero.

Era una pantalla.

Al principio, nada pudo verse, pero no tardó mucho en hacerse perfectamente visible la imagen del salón, viéndose a los bandidos que,

sentados en los sillones estaban dando cuenta del whisky, pero no habían tocado los sándwiches.

Poco después, la voz de Bill llegó hasta ellos.

—Os digo que este tipo debe de ser un pez gordo de Washington. Si confiase plenamente en vosotros, continuaríamos en este asunto que nos iba a forrar. Pero no tengo mucha seguridad en vosotros...

Uno de ellos se puso en pie.

Los ojos le brillaban.

—¿Quieres dejarte de cuentos, Bill? No seas fanfarrón y suelta lo que sea...

—Os lo voy a decir. Ninguno de vosotros ignoráis lo que cuesta profanar un centro de incineración. Por muy alto que uno esté en la sociedad, si los de la SIP se lo huelen, la cámara electrónica es el «premio» que dan por una cosa de éstas. Este tipo nos ha metido en un asunto serio, y aunque, como habéis notado, no nos ha mostrado la cara ni una sola vez, ya que llevaba el sombrero hundido hasta los ojos, no por eso va a sernos difícil saber quién es.

—¿Cómo? —preguntó el que había hablado antes.

Bill sonrió con suficiencia antes de contestar.

—¿Me tomáis por idiota, eh?— dijo sin dejar de sonreír —. Yo bajé el primero, cuando llegamos con el «heli». Y aunque ese conductor se apresuró a cubrir con lonas los coches, tuve tiempo, mientras vosotros trasladabais los «fiambres», de ver la matrícula de uno de ellos.

Se pegó una palmada en la frente.

—Y ese número se ha quedado aquí. Porque se trata de un número especial... ¿Os dais cuenta ahora, mendrugos?

—¡Estupendo! — exclamó ahora el que hasta entonces había sido su interlocutor.

En el laboratorio, el profesor había palidecido; pero aquella reacción duró muy poco.

Luego, volviéndose hacia Hunter, dijo:

—A veces no sé cómo he cometido el error de confiar en un cretino como tú. ¡Con qué ganas te llevaría a esa habitación para que siguieses charlando con ellos!

Hunter no dijo nada, pero sus piernas temblaron como si el suelo se hubiera movido.

—¡Da el gas! —rugió el profesor.

Temblando aún, Hunter se adelantó hasta una llave, que abrió por completo.

Después miró a la pantalla.

Por el momento nada ocurrió.

Luego, de repente, el gigantesco Bill se llevó las manos al cuello, siendo casi inmediatamente imitado por los demás. La reacción de agonía no duró

más de medio minuto, ya que la toxicidad del gas era extremadamente potente.

Uno sobre otro fueron cayendo, quedando como un informe montón de desarticulados muñecos.

El profesor apretó el botón que hizo que la pantalla se apagase; luego, mirando al aterrorizado Hunter, dijo:

—Deja el gas unos minutos más. Después, ve a la sala y lleva los cuerpos de esos idiotas junto a los otros. Hemos aprovechado la noche lo bastante para que pueda permitirme ahora descansar un rato.

Se alejó.

CAPÍTULO II



L sol penetraba a raudales por el ventanal que delimitaba tres de las paredes de la habitación. Ésta salía de la fachada, en el decimotercer piso de una casa situada en el barrio residencial de lo que había sido en otros tiempos capital federal.

De pie, junto al lecho, Thomas D. Warren, el secretario general del Consejo Mundial, mientras se quitaba el pijama, dejaba que el sol picotease su piel. Esto le llenaba de una sensación deliciosa, como si la vitalidad del astro le penetrase hasta lo más profundo, haciendo circular con más fuerza la sangre en sus arterias.

Cuando después pasó al baño gozó igualmente con el agua tibia, tomando luego una ducha fría después de haberse afeitado. Unos cuantos ejercicios gimnásticos completaron aquella sesión matinal.

Estaba dispuesto.

Thomas D. Warren sabía que la reunión mensual del Consejo iba a ser, como siempre, pesada. Bajo la presidencia de Marcel Dumont, el trabajo no se quedaba nunca atrás y en aquella reunión se despacharía todo lo que hubiese pendiente, aunque tuvieran que estar reunidos el día entero y parte de la noche.

«Menos mal — pensó el secretario — que esta vez la reunión se hace aquí, en Washington...»

Porque cada mes se realizaba en una capital de Estado distinto y ello suponía para Warren, que en el fondo era un comodón de primera categoría, la incomodidad de los viajes y, sobre todo, tener que levantarse en habitaciones de hoteles que nada podían tener de común con la suya propia.

Frisando los cincuenta años, Thomas era la estampa de lo que el hombre moderno llamaba «segunda juventud». Gracias a los métodos de vida que la medicina y la higiene habían hecho comunes, el paso por el límite del medio siglo no era, como en otros tiempos, el asomarse al mundo de los achaques orgánicos. Ahora, los cincuenta eran una cifra que se admitía como antes los treinta.

De cabellos rojizos y piel sana, Warren medía cerca de siete pies y su cuerpo estaba perfectamente proporcionado, con un desarrollo muscular tan perfecto como armónico.

Su carácter era abierto, repleto de esa simpatía que parece brotar del corazón del hombre sano. Jovial, de interesante conversación y espíritu agudo, había conseguido el puesto de secretario general del Consejo merced a demostrar una capacidad de trabajo poco común y una mente organizada, apoyada por una memoria verdaderamente prodigiosa.

Cuando terminó de vestirse, abandonó sus habitaciones particulares y fue al salón donde ya le esperaba, sumiso y fiel, su criado chino.

Thomas no se había casado y vivía con la sola compañía de Lin, que comprendía perfectamente a su amo, quien nunca le exigía nada extraordinario, dejándole en una libertad casi absoluta de hacer lo que más le gustase.

—¡Buenos días, señor! — saludó el oriental.

—¡Hola, Lin! —repuso el otro, sonriente y afable—. ¿Cómo va mi desayuno?

—Preparado.

Thomas se dejó caer en una silla y el criado empujó hacia la mesa el carrito donde iban las cosas que más prefería el secretario: frutas en jugo y albúminas especialmente preparadas por el Instituto Mundial de Nutrición, que tenía a su cargo el control de la alimentación racional.

Nada de complejos platos como los que habían constituido, durante años y años, el descomunal y poco sano desayuno de los americanos. Ahora, las frutas y las albúminas, en líquido y semisólida, bastaban, en poca cantidad, para aportar al organismo la suficiente suma de calorías que le permitiesen esperar a la más copiosa comida de mediodía.

Sin decir ni una palabra más, el chino acopló la pantalla de televisión del salón, de tipo gigante de doscientas pulgadas, pasando a la vista el canal internacional, que daba a aquella hora las noticias más importantes del mundo entero y de los planetas habitados.

Distraído, mientras bebía su jugo de frutas, Thomas fue observando la pantalla y las escenas que en ésta se desarrollaban. Nada grave sucedía en el mundo y todo parecía seguir su curso normal.

Lin había desaparecido.

Después de tomar el desayuno, el secretario encendió un cigarrillo, el

primero de la mañana, absorbiendo con placer el humo. Luego consultó el reloj.

Faltaban aún cerca de cuarenta minutos para la reunión y se encontraba tan bien allí que se dijo que podría permitirse unos minutos de paz y tranquilidad antes de dirigirse a la terraza para coger su helirroto.

Fue entonces cuando Lin, que había entrado silenciosamente en la sala, se acercó a él.

—Señor...

Thomas, que estaba enfrascado en la contemplación de una reunión pública en Tokio, con motivo del homenaje que se hacía a un profesor que descubrió una nueva medicación contra la leucemia, se sobresaltó.

Y mirando al criado preguntó:

—¿Qué hay, Lin?

El oriental le entregó un paquete de pequeño tamaño.

—Olvidaba darle esto, señor. Me lo han entregado esta mañana muy temprano.

—¿Quién?

—Un recadero.

Thomas cogió el paquete, sopesándolo y comprobando que no era nada pesado. Lo colocó después sobre la mesa y desató la cinta que lo envolvía. Quitó el papel y dejó al descubierto una cajita de cartón, precintada, sobre la que había un sobre.

Frunciendo el ceño, abrió el sobre y sacó de su interior una hoja doblada en cuatro.

Señor Warren: Alguien cuyo nombre no puedo revelar por el momento me ha entregado hace muy poco tiempo esta cajita para usted. Me ha dicho que contiene un mensaje que ha de ser leído esta mañana en la reunión del Consejo Mundial, cuando todos los delegados se hallen presentes. No dude ni un solo instante de la importancia de lo que la caja contiene. Por eso deseo indicarle que abrirla antes de tiempo podría ser para usted tremendamente grave, pudiendo incluso costarle la vida. Sé que es usted un hombre de principios, un caballero de pies a cabeza y que no faltará a esa petición que le hago. Límitese a llevarse la cajita a la reunión, ábrala allí y lea el contenido del mensaje ante el pleno del Consejo. Muchas gracias anticipadas de un amigo que le aprecia de veras...

No había firma alguna.

Thomas leyó el contenido de aquel extraño mensaje media docena de veces.

Era tan insólito, tan inesperado todo aquello, que seguía presa en una

sensación de absurdo, como si estuviera aun soñando en la cama. Tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para dominarse. Tomó contacto con la realidad y se dijo que no podía quedarse allí, sin hacer nada y, sobre todo, sin tomar las más elementales medidas de precaución.

—Prepara el aparato, Lin — dijo, sin mirar al criado.

Contempló largamente la cajita, experimentando una honda sensación de duda, preguntándose, incluso con angustia, qué podía contener; pero tomándola de nuevo, sopesándola una vez más, desechó la idea de que contuviese un explosivo o algo semejante como podía esperarse de algún loco que quisiera dar un disgusto al consejo.

—El aparato está dispuesto, señor.

—Gracias.

Se puso en pie, con la cajita en una mano y la misiva en la otra y caminó hacia la puerta que comunicaba directamente con la terraza.

—¿Vendrá el señor a comer? —inquirió el oriental.

—¿Eh? —preguntó, distraído, Warren.

Lin no repitió la pregunta, percatándose de que su amo estaba intensamente preocupado.

Momentos después, ya en su aparato, Thomas colocó la caja junto a él, sobre el asiento, se metió la carta en el bolsillo, puso el helirrotor en marcha y lo lanzó hacia la ciudad, desviándose rápidamente hacia la derecha cuando el tranquilo curso del Potomac surgió ante él.

Conducía con pericia, completamente distraído, con la mente fija en las palabras de la carta que llevaba en el bolsillo. Así, cuando se posó en el terreno de aterrizaje que tanto conocía y vio que un hombre armado corría hacia él, comprendió que no había contestado a la llamada de identificación que debían de haberle hecho desde la torre de observación.

El hombre le miró, sonriendo luego.

—Ha tenido usted suerte, señor Warren — dijo —. La torre reconoció su aparato cuando ya iban a dar orden de abrir fuego contra él.

—He sido un estúpido, perdona — se apresuró a decir Thomas, consciente ahora de la falta que había cometido.

Y saltando al suelo se disculpó:

—Venía tan distraído que he olvidado que debía darme a conocer.

—Ya no tiene importancia, señor.

—¿Está el director?

—Sí.

Thomas siguió, y llegó ante el edificio principal, cuya escalera de mármol subió, dirigiéndose entonces hacia el ascensor, que le dejó, en pocos segundos, en la planta donde el director tenía su despacho, comunicando directamente con la puerta de aquel ascensor que sólo algunas personas

podían utilizar.

Thomas D. Warren era una de ellas.

Al abrir la puerta, el secretario general del Consejo Mundial buscó con la mirada los ojos del hombre que estaba sentado detrás del despacho y que, en efecto, levantó la cabeza para mirarle a su vez.

Sonrió.

—¡Hola, Warren! Me acaban de comunicar que no oíste el mensaje que te enviaron para que te reconocieras antes de aterrizar.

Thomas no contestó directamente a aquella especie de cuestión. Se dejó caer en uno de los sillones y con voz cortada dijo:

—Buenos días, Callowan.

El director de la SIP frunció el ceño ante la sorprendente actitud de Warren.

Conocía desde hacía mucho tiempo al secretario del Consejo Mundial, con el que le unía una buena y sincera amistad. Pero ahora, al verle tan abatido, se dijo que algo grave debía de haber sucedido para que la natural alegría de Warren no se manifestase como siempre.

No obstante, esperó pacientemente a que el otro se decidiese a hablar.

Thomas permaneció algunos minutos sentado, inmóvil, como profundamente ensimismado.

Luego, de repente, alzando la cabeza, dijo:

—¡Es horrible, Donald!

—Si te explicases...

Warren sacó la carta del bolsillo, sin dejar la caja que seguía teniendo en la otra mano, tendiéndosela al jefe de la SIP, que la leyó detenidamente.

—¿Y la caja? —inquirió cuando hubo terminado la lectura.

Thomas se la entregó.

Cogiéndola con ambas manos, Callowan la examinó por todos los lados, manejándola con sumo cuidado.

En su larga vida policíaca, Callowan había visto muchísimas cosas extrañas y no podía fiarse de lo liviano de aquella caja. Desde hacía mucho tiempo, los delincuentes se habían colocado al lado de la ciencia y manejaban muchas veces productos desconocidos para el resto del mundo, cuyas características podían ser tan distintas a las conocidas que muchas veces sorprendían incluso a los sabios.

¿Quién le aseguraba que aquella caja no contenía algo mortal, disfrazado de cualquier cosa aparentemente inocua?

Lo que acababa de leer escondía claramente una amenaza, directa, y si bien podía ser el producto de una mente enferma, de uno de esos locos que, con cierta frecuencia, deseaban cambiar la faz del mundo y enviaban sus amenazas estúpidas y grandilocuentes a los organismos directores de la

humanidad, bien podría tratarse de algo serio.

Sin separar su mirada del rostro de Callowan, Warren había esperado a que éste dijese algo.

Pero viendo que su espera era vana preguntó:

—¿Qué te parece, Donald?

—No lo sé aún. Tendremos que ver lo que contiene esta caja.

—¡No!

La respuesta de Thomas hizo que Callowan le mirase intensamente.

—¿Qué quieres decir? — preguntó.

—Que no quiero que se abra esa caja hasta que no esté en el Consejo. ¿Es que no has leído bien la carta?

—Perfectamente.

—¿Y no has visto que se me amenaza si abro la caja antes de cuando se me dice?

Donald sonrió.

—Claro que lo sé. Pero lo haremos sin que nada te ocurra.

El rostro de Warren decía bien claramente que no estaba muy de acuerdo con lo que su amigo acababa de decir; pero, por otra parte, su confianza en Callowan estaba avalada por muchos años de experiencia.

Y terminó cediendo.

—¿Cómo vas a hacerlo?

—Pronto lo verás. ¿Quieres venir conmigo?

—Como quieras.

Callowan se puso en pie, llevando la caja en la mano. Se dirigió al ascensor particular, seguido de su amigo.

Luego, una vez en la planta baja, siguieron un largo pasillo para penetrar, por un pasadizo subterráneo, en el edificio que ocupaba por entero la sección científica de la SIP.

Allí reinaba el doctor Pat Sullivan.

Sullivan era el más íntimo y viejo amigo de Callowan, ya que junto a él habían formado, hacía años, aquella poderosa organización policíaca internacional que acabó con la incipiente y parcialmente desarrollada Interpol y asegurando el servicio de la Ley no solamente para la Tierra entera, sino para la totalidad de las ciudades que los hombres habían construido en Marte y Venus.

Penetraron poco después en el amplio despacho del doctor que, de paredes transparentes, dejaba ver la casi totalidad del inmenso laboratorio que le rodeaba y donde cerca de medio centenar de técnicos, con sus batas blancas, trabajaban en cien misiones de investigación distintas.

Pat conocía ya a Warren y estrechó efusivamente la mano del secretario, que se sentó, no lejos del sillón que Callowan había ocupado.

Donald encendió uno de sus célebres habanos.

Luego, después de lanzar hacia el techo un verdadero chorro de humo azulado, explicó a Pat en pocas palabras lo que le llevaba allí, dándole a leer la carta que Thomas le había entregado.

—Tenemos — dijo para terminar — que examinar el contenido de esta caja, que puede ser peligroso.

—Creo que es lo primero que hay que hacer — asintió—. ¿Vamos a la cámara de observación?

—Vamos.

Los tres hombres abandonaron juntos el despacho.

CAPÍTULO III



LMER nadó, lo más aprisa posible, con un «crawl» impecable, casi seguro de que lograría ganar a su amigo. El ritmo de las brazadas y el control de la respiración le impedían mirar al otro. Así, cuando su cuerpo rozó la arena fuera del agua, puso un gesto de sorpresa al ver que James estaba ya en pie, sonriente, su poderoso tórax moviéndose al ritmo de una respiración que la carrera había hecho acelerada.

Salió del agua y se tendió al sol, sin decir nada hasta que pudo.

Luego admitió:

—¡Me has ganado otra vez!

James, que se había dejado caer sobre la arena, al lado de su amigo, sonrió.

—¡Naturalmente! — dijo —. Nunca quieres creerme..., pero soy mejor nadador que tú.

—Todavía has de demostrármelo.

—¿Otra vez más?

—Hoy me has cogido por sorpresa. Anoche me cansé mucho.

—¿Y yo? Bailé tanto como tú.

—Pero bebiste menos.

—Eso es lo que tú dices. De todos modos, estoy a tu disposición para volver a vencerte.

Elmer no dijo nada.

Como su amigo, era un verdadero atleta y toda su fuerte juventud se dibujaba en la línea musculosa de su cuerpo. En realidad, no había mucha diferencia en la anatomía de los dos jóvenes, pero el color del pelo, rubio

dorado en Elmer e intensamente negro en James, constituía ya una diferencia notable.

Había alguna cosa más.

Elmer poseía una expresión seria, reconcentrada, como si estuviera eternamente pensativo o preocupado por algo; por el contrario, una sonrisa inacabable, moderadamente burlona, flotaba siempre en los labios de James, cuyos ojos brillaban con picardía constante.

Tendido sobre la arena, Elmer había cerrado los ojos, dejando que su cuerpo descansase después del esfuerzo que acababa de hacer.

Sin abrir los ojos, al cabo de unos instantes, preguntó:

—¿Cuánto nos queda, James?

—¿Para qué?

—Para que se acabe nuestro permiso.

—No lo sé ni me importa. Si tú quieres llevar la cuenta, allá tú. Yo no estoy ahora para perder el tiempo en esas cosas.

—¿En qué piensas entonces?

—En que la morena de anoche no estaba mal del todo, pero tenía sus defectillos.

—¿Cuáles?

James no contestó directamente a la pregunta que su amigo, siempre tendido a su lado y con los ojos cerrados, le había hecho.

—¿Cómo es posible — inquirió a su vez — que la mayoría de las muchachas bonitas sean esencialmente estúpidas?

—¿Lo era la de ayer?

—En grado superlativo. ¿Sabes de lo que me hablaba mientras bailábamos?

—¿Del tiempo?

—¡Ojalá! Después de todo, una muchacha meteoróloga no deja de ser interesante. Pero mi pareja de anoche no se interesaba por las isóbaras y las isotermas. Me habló exclusivamente de la moda del otoño próximo.

—¡No!.

—Como lo oyes. Yo no sabía que había telas de lecmítón, zapatos fosforescentes, sombreritos de una substancia absorbente del color.

—¡Ahora ya lo sabes!

—No me digas. No sé cómo pude soportarla. Al final, cuando la acompañé a su casa, me dijo en la puerta que era un hombre encantador y que no había encontrado hasta entonces un muchacho que, como yo, me interesase tanto por cosas que suelen aburrir al resto de los hombres.

—¿No la estrangulaste?

—Faltó poco para que lo hiciera; pero, pensando en hoy, le dije que no sabía si iría al casino.

—Lo que quiere decir que hoy nos toca aburrimiento, ¿no?

—¿Por qué? Tú puedas ir al casino.

—¡Nunca!

—¿Es que también tuviste mala suerte?

—Peor que tú.

—¡Imposible!

—¿No? Escucha... mi pareja no se preocupaba por la moda, pero era profesora de la universidad de Dallas, especialista, prepárate, en Entomología.

—Los insectos son más interesantes que los «trapos».

—Desde luego, pero la encantadora sabia que me tocó en suerte estaba preparando un trabajo de tesis sobre larvas y gusanos. Y no dejó de hablar de ello ni cuando íbamos al «buffet» a tomar algo... ¡Todavía creo estar comiendo jamón con crisálidas o bebiendo whisky en el que flotaban capullos llenos de gusanos!

—¡Vaya plan!

—Desde luego. Yo no pienso venir nunca más a Florida. Estoy deseando que el Viejo nos llame.

—Pues Callowan suele veranear también por aquí.

—Ya lo sé, pero él no saca a bailar a nadie. Tiene una casita apartada y se pasa las vacaciones fumando habanos.

—Quizá sea mejor.

Elmer abrió los ojos y se puso después en pie.

Se había secado por completo y se echó el albornoz por encima.

—Tengo hambre —: dijo.

James sonrió.

—Lo de siempre. Hay mujeres interesadas en larvas, otras en modas, pero tú no sabes decir otra cosa que no esté relacionada con la comida.

—¿Es que no es hora de ir a comer?

—Para tí, ¡Santo Dios! ¿Quién me aconsejaría a mí formar equipo con un «traganiños» ?

—¿Vamos? —se impacientó el otro.

—Vamos... —suspiró James Murray.

Los dos agentes de la SIP retrocedieron, atravesando la playa, no muy animada en aquellos momentos. La mayoría de los veraneantes estaban aún durmiendo, descansando de las fiestas que en el Casino se prolongaban, cada noche, hasta la madrugada.

El edificio blanco del Casino, de un estilo que recordaba las edificaciones españolas de la Conquista, estaba situado al final de la playa y rodeado de jardines y campos de deportes, piscinas y todo lo que sus elegantes moradores podían pedir como distracción.

Estaban llegando ya junto a la escalinata que conducía al «hall», cuando, de repente, un coche azul, último modelo de lujo, salió de la curva que conducía a la carretera, lanzándose sobre ellos a una velocidad vertiginosa.

Los dos jóvenes saltaron al mismo tiempo, mientras el chirrido de los frenos parecía un lamento prolongado sobre el asfalto. Ambos cayeron sobre el césped, al borde de la carretera. Se levantaron igualmente airados.

El coche se había detenido y dos muchachas lindas bajaron, mirando con horror a los jóvenes, que ahora, con el ceño fruncido y sin los albornoces, se dirigían a ellas.

Altas, esbeltas, maravillosamente vestidas, ofrecían un lindo contraste, ya que mientras una tenía una cabellera negra, color ala de cuervo, la otra llevaba el pelo corto y su color era como una llamarada rojiza sobre su picaresco y simpático rostro.

Pero en aquellos momentos la expresión de sus rostros reflejaba claramente el temor, la sorpresa...

Fue Elmer quien rompió el silencio. Y cuando estuvo al lado de las jóvenes preguntó con voz dura:

—¿Se dedican ustedes a atropellar veraneantes?

James estaba ya junto a él.

La muchacha de los cabellos negros fue a decir algo. Sus hermosos labios se movieron, pero no consiguió que sonido alguno se formase en ellos.

Y la otra, adelantándose un poco, se excusó:

—Perdonen. Veníamos aprisa... y no pudimos verles. Esta curva nos ocultaba completamente la visión.

—Y no viendo —, siguió implacable Elmer—, ¿por qué demonios venían a esa diabólica velocidad? ¿Es que no saben conducir con prudencia?

—Le ruego que nos perdonen — repitió la pelirroja.

Y James intervino entonces.

—No ha sido nada, señorita. Desde luego, han de tener más cuidado, ya que podían habernos atropellado; pero, por suerte, ya ha pasado todo y los cuatro estamos perfectamente bien.

—Yo... — empezó a decir de nuevo Elmer, dispuesto a no dejar pasar las cosas así.

Pero su amigo le cortó:

—Mi compañero piensa como yo. Todas las cosas en la vida, incluso los accidentes de circulación frustrados, tienen algo de bueno: éste nos ha permitido conocerlas,

Las dos muchachas sonrieron.

—Muchas gracias — dijo la morena.

—No se preocupen — siguió diciendo James —. Aparquen el coche, pero antes díganos si vamos a tener la suerte de volver a verlas.

—Desde luego. Venimos a pasar una temporada en Florida.

—¡Maravilloso! ¿Saben que cada noche hay fiestas en el Casino?

—Sí. No es la primera vez que venimos en invierno aquí.

—¿Las veremos esta noche?

—¿Por qué no?

—Entonces — y James se inclinó de una cómica manera—, permítame presentamos: me llamo James Murray. Y éste es mi amigo, Elmer Schott.

Se estrecharon las manos.

—Yo soy Helen Kumler — dijo la morena, que ahora hablaba sin dificultad —. Mi amiga es Beth Summerland.

—Encantados y hasta la tarde, ¿eh?

—Sí. Iremos a la fiesta.

Los dos jóvenes se alejaron mientras las muchachas volvían a subir al poderoso automóvil que arrancó a toda velocidad.

Elmer no esperó mucho para romper el fuego.

—¡Debías haberme dejado decirles cuatro verdades!

—No hubiese sido correcto, El.

—¿Por qué no?

—Porque yo también tenía muchas ganas de decirle, sobre todo a la pelirroja, cuatro verdades. Pero no me atreví.

—¿Y por qué sólo a la pelirroja? ¿Conducía ella?

—No lo sé ni me importa. Las verdades, cuatro, que yo deseaba decirle son éstas; es usted, primero, preciosa; segundo, maravillosa; tercero, adorable; cuarto, estupenda...

—¡Vete a paseo!

—¿Es que no ibas a decirles tú esas cuatro verdades?

—Bien sabes que no. Estoy empezando a hartarme de esas niñas ridículas que se creen con derecho a todo. ¿Y si nos hubieran atropellado?

—¡Ojalá!

—¿Eh? ¿Te has vuelto loco?

—Desdichadamente, no. Pero yo me refería, a un atropello suave, un ligero golpe... ¿Te lo imaginas, El?

—¡Estás como una cabra!

James no escuchaba.

Y con los ojos entornados y una sonrisa de felicidad en los labios dijo:

—¿Hubiese sido maravilloso, El... imagínalo. Esas muñecas de rodillas a nuestro lado, cogiéndonos delicadamente en sus brazos, colocando sus rostros sobre nuestros pechos, en busca de los impresionantes latidos de nuestros corazones, preguntándose si nos habrían matado. Y nosotros, con los ojos casi cerrados, haciéndonos los muertos, pero sintiendo sus delicadas manos en

nuestros cuerpos, su aliento quemándonos el rostro...

—¡No tienes remedio!

—Ya lo sé. Tú, mientras no hayas llenado el estómago, eres incapaz de reaccionar ante la belleza. ¡Vamos a comer, Heliogábalo! Seguro que después podré hablar contigo como con una persona normal.

Pasaron al comedor del Casino después de vestirse, y como había pronosticado James, su amigo Elmer concentró toda su atención en los platos que el camarero le fue sirviendo sucesivamente.

Ni siquiera vio entrar a las dos muchachas que se sentaron lejos, al otro lado del comedor, pero que Murray no perdió ni un solo momento de vista.

Sobre todo a la pelirroja.

Nunca había visto algo tan irresistiblemente atractivo como aquella joven. Era evidente que había algo en ella que emanaba como una dulzura que era perceptible a distancia.

—Debe de tener una especie de «simpaticorradiactividad» — dijo, sonriente.

Elmer levantó la cabeza del plato.

—¿Decías algo? —inquirió.

—Sí. Estaba diciendo que estas croquetas estaban muy bien hechas — mintió el otro.

Schott sonrió.

—¡Y que lo digas! El cocinero del Casino es un verdadero maestro. Recuérdate que antes de que nos vayamos he de ir a verle para que me dé algunas recetas...

—¡Monstruo!

—¿Eh?

—¡Dragón!

—No digas más idioteces, ¿quieres?

—Vas a ser la ruina de la SIP. ¿O crees que he olvidado lo que hacías cuando estábamos en la Escuela? ¡Eras la pesadilla del cocinero, la locura de las camareras, el espanto del jefe de despensa!...

—¡Bah!

—Y ahora, cuando yo estaba maravillado mirando a nuestras amiguitas de esta mañana... ¡tú pareces dispuesto a declararte al cocinero del Casino!

—¿Están esas chicas?

—No tienes más que mirar a tu derecha y al fondo...

Elmer obedeció.

—¡Es cierto! Y ahora que recuerdo... ¿te fijaste en la matrícula del coche?

—Sí. Era de Washington.

—Es posible que se trate de las hijas de algún pez gordo.

—¿Y qué?

—Que tendremos que tener cuidado. Yo, por mi parte, me abstendría de hacer amistad con ellas.

—¡Naturalmente! Si en vez de ser mujeres fueran lechones o tuviesen cara de merluza, labios de salsa de tomate y ojos de ostras con limón, ya correrías hacia ellas para comértelas vivitas y coleando.

—Hablo en serio, James.

—Y yo también. Esta noche saldremos con esas chicas, lo quieras o no.

—Está bien, está bien...

—¡Y aún pones esa cara de sacrificado! ¿Es que no las has mirado bien?

—Sí.

—Y quiero hacerle una advertencia, camarada.

—¿Cuál?

—La pelirroja Beth es cosa mía. ¿Entendido?

Elmer se encogió de hombros.

—Me es igual. Para lo que va a durar la fiesta.

—¿Qué quieres decir?

—Que tengo la intuición de que el Viejo no tardará en llamarnos.

—¡Maldita sea! ¿Es que no puedes estar callado con tus estúpidas intuiciones?

Y tocó madera.

Porque lo peor de todo era que James no solía equivocarse nunca, O casi nunca.

Lo que venía desdichadamente a ser lo mismo.

* * *

El salón estaba ampliamente iluminado y las puertas que daban a la terraza abiertas de par en par. Se bailaba ya cuando los dos amigos entraron y la música, moderna pero comedida, flotaba en el ambiente con la ligereza de un tul.

—¡Esto es estupendo! —exclamó James.

—¡Bah! —repuso el otro —Como siempre.

Avanzaron por el borde de la pista hasta que los ojos de lince de Murray descubrieron a las dos muchachas, sentadas ante una mesita, no lejos del estrado ocupado por la orquesta.

—¡Allí están!

—Bueno... ¿y qué?

—¡Eres insoportable! No sabes cuánto lamento la mala suerte que va a tener la morenita...

Elmer no dijo nada, limitándose a seguir al otro, que terminó por detenerse junto a la mesa en la que estaban las dos muchachas.

—¡Buenas noches! —saludó.

Ellas le contestaron y momentos después estaban los cuatro sentados juntos a la mesa: Elmer al lado de Helen y su amigo junto a la pelirroja.

—Está divertido esto, ¿verdad? — inquirió Murray para, romper el incómodo silencio que se había hecho.

—Mucho — dijo Beth —. Cada año está mejor.

El camarero interrumpió la incipiente conversación, colocando sobre la mesa el champaña que James había pedido,

Bebieron.

Luego Beth preguntó:

—¿Viven lejos de Florida?

—Viajamos por todas partes. Representamos una gran empresa de televisores.

Elmer tuvo que morderse los labios para no decir nada.

Y la pelirroja exclamó:

—¡Qué interesante! Nosotras no tenemos una ocupación tan bonita: estudiamos.

—¿El qué?

—Helen y yo estamos en la universidad: nuestros padres son profesores.

—¡Ah!

Poco después, tras haber charlado de mil cosas sin importancia, las dos parejas salieron a bailar.

James, al tomar en sus brazos a la muchacha, sintió algo nuevo que parecía dar a su vida, en aquellos instantes, un aliciente desconocido hasta el momento.

Y no había el menor impulso de deseo en aquel momento, sino una especie de paz especial, como la que puede experimentar un buen nadador al llegar a la brilla, después de un violento esfuerzo, dejándose caer sobre la cálida arena.

CAPÍTULO IV



UANDO Callowan, Sullivan y Warren llegaron a la parte más profunda del inmenso laboratorio científico de la SIP se detuvieron ante una especie de gran caja de paredes transparentes y en cuyo interior no había más que una mesa de superficie metálica y brillante.

Donald seguía llevando la cajita.

—Vamos a examinar su contenido — dijo, deteniéndose y entregándosela al doctor.

—¿Aquí? — inquirió Thomas, mirando no sin dudas la enorme caja de cristal.

—Sí. Este recipiente, que como ve podría contener a varias personas, es el lugar donde experimentamos con todos los productos peligrosos que llegan a nuestras manos. Mire lo que hace el doctor.

Warren miró a Pat que había depositado la caja en una plataforma, que sobresalía junto a la cámara transparente. Luego se acercó a un tablero de mandos y manipuló unos botones.

El interior de la caja se iluminó potentemente.

Pat metió sus manos entonces en una especie de guantes que había junto al tablero de mandos. La caja, que Warren buscó con la mirada, había desaparecido ya.

—¿Dónde está? —preguntó a Donald, que seguía a su lado.

—Allí — repuso éste.

Siguiendo la dirección que el director de la SIP señalaba, Thomas vio que la caja estaba ya en el interior de la cámara transparente y que unos brazos articulados, que terminaban en unas manos metálicas, la llevaban hacia la mesa, donde la dejaron.

—Cuando alguien nos trae un paquete sospechoso — explicó Donald —: lo traemos aquí, ya que muchas veces puede contener un explosivo potente,

que explota al abrirlo.

—¿Y cree usted que estamos aquí seguros si tal cosa ocurre con esa cajita?

—No tema. Aunque las paredes son de plástico transparente, para permitir una visibilidad completa, hay una invisible pared en el interior, que se genera en la parte inferior y que forma un muro electrónico de repulsión, capaz de soportar cualquier tipo de explosión. Si esa caja contuviese una bomba, tanto la onda explosiva como la metralla sería detenida por la capa electrónica sin que la pared de plástico sufriera el menor desperfecto — sonrió —. Y, naturalmente, menos nosotros que estamos a este lado.

—Es fantástico.

Donald no dijo nada.

Se había acercado a la pared transparente y Warren, ya bastante más tranquilo, le imitó, viendo cómo las manos metálicas, dirigidas a distancia por el doctor Sullivan, depositaban cuidadosamente la caja sobre la mesa, separándose después unos instantes de ella.

Luego volvieron a posarse sobre el paquete.

Sullivan maniobró de manera que las manos tomaran la ligera cuerda que envolvía la caja, desatándola con el mayor cuidado. Luego, tras haberla desprendido totalmente, procedió a quitar el papel, cosa que realizó rápidamente.

Había llegado el momento de abrirla.

Cuando los dedos metálicos se posaron sobre la tapa para tirar suavemente de ella, Warren, sin poder remediarlo, de una manera puramente instintiva, retrocedió un paso.

Y Callowan dijo sonriendo:

—No tema...

Pero Thomas no le oía, tan absorto estaba contemplando la operación.

Sus cinco sentidos estaban ahora pendientes de la maniobra que estaban realizando las manos metálicas. Y cuando éstas terminaron de quitar la tapa, sin que nada ocurriese, respiró con fuerza, como si acabasen de quitarle un peso de encima.

—¡Pat!—llamó Donald.

—¿Qué?

—Antes de seguir, convendría que pusieras el analizador en marcha.

—Bien.

Y Warren preguntó interesado:

—¿Qué es eso del analizador?

—Todo un sistema complejísimo que investiga lo que hay dentro de la caja, analiza las radiaciones, su composición química y todo lo necesario para que conozcamos la naturaleza del objeto que han puesto ahí dentro; pero desde luego — añadió con una sonrisa — no se trata de un explosivo.

Mientras, el doctor estaba ya maniobrando otros mandos, conectados a un cerebro electrónico que no tardó en dar una respuesta a las preguntas que

Sullivan le había hecho.

El médico frunció el ceño, yendo después junto a Donald. Éste, al ver la expresión del rostro de su amigo, preguntó:

—¿Qué ocurre?

—Lo más raro que podrías imaginarte, Donald. ¿A que no sabes lo que hay dentro de la-caja?

Thomas, menos paciente y sintiendo que los nervios le dominaban, suplicó:

—¡Dígalo de una vez, por favor!

—Un trozo de piel humana — repuso Pat.

—¿Eh?

Warren le miró con una divertida expresión de incredulidad en el rostro. También había sorpresa en la cara de Callowan, a pesar de estar acostumbrado a muchísimas cosas raras debido al importante cargo que ocupaba.

—¿Está... seguro? —preguntó el secretario, después de unos instantes de silencio.

—El analizador no se equivoca nunca — repuso Sullivan.

—Pero... ¿para qué han puesto un trozo de piel humana en la caja? La carta decía que debía abrirla en la reunión... Francamente, no comprendo.

—Yo, sí... — dijo Sullivan.

—¿Usted sí?

—Ahora verán.

Se dirigió de nuevo al tablero de mandos y manejó ágilmente las manos metálicas. Instantes después, éstas sacaban, con todo cuidado, el repulsivo objeto que había en el interior de la cajita.

La piel humana tenía aproximadamente el tamaño de una hoja de papel de las llamadas «holandesas». Desde el exterior de la cámara de cristal, era visible una serie de manchas.

—¿Qué es eso? — inquirió Warren.

—Tinta — repuso Pat —. Han escrito sobre la piel.

—¡Dios mío!

—Ahora voy a sacarla de ahí. El analizador no ha dicho que haya peligro alguno; así podremos leerlo con tranquilidad.

Lo hizo, pero se puso unos guantes de goma para coger la piel.

—¿Qué dice?

—Escuchen:

Nosotros, seres procedentes de otro planeta, llegados recientemente a la Tierra, deseamos manifestar nuestra disconformidad con vuestras instituciones, ordenándoos, en esa reunión plenaria del Consejo Mundial, que sigáis las siguientes instrucciones, bajo el peligro de un castigo horrible que estamos dispuestos a imponer a los que desobedezcan.

Primero. — Ese Consejo Mundial recibirá, desde ahora, órdenes

emanadas solamente de nuestro pueblo.

Segundo. — Se procederá a reunir todas las reservas oro que, en su día, serán trasladadas al lugar que designaremos, ya que pasarán a estar bajo nuestra exclusiva custodia.

Tercero. — Nosotros nos preocuparemos de regir, de una manera más armoniosa y justa, los destinos de la humanidad. Advertimos, una vez más, que todo intento de contrariar nuestros propósitos será severamente castigado, de una manera que quitará de la cabeza de los más decididos la idea de desobedecernos.

Hubo un silencio.

Thomas contemplaba a los dos hombres, mirando también, con horror, el trozo de piel que el doctor Sullivan tenía en la mano.

Luego preguntó con ansiedad:

—¿Qué piensan ustedes?

—Que no puede ser — replicó Callowan.

—¿El qué?

—Lo de los seres de otro mundo.

—¿Entonces?

—Para que alguien se atreva a escribir una cosa así, pueden suceder dos cosas.

—¿Cuáles?

—O se trata de un loco, de un megalómano peligroso, o bien de alguien que ha descubierto algo horrible y que está dispuesto a obtener lo que desea imponiéndolo a la humanidad.

—¡Pero se ataca al Consejo Mundial!

—Es una manera directa.

—¿Qué quiere usted decir, Callowan?

—El sujeto o los sujetos que han pensado esto no quieren perder el tiempo. Además, sus propósitos se ven claramente cuando reclaman el oro.

—Se convertirían en los dueños del mundo.

Donald sonrió.

—No es eso, amigo mío. Nunca se quedarían con todo el oro, si fuésemos tan imbéciles como para dárselo, ya que la posesión, fuera del control bancario internacional, lo desvalorizaría por completo. Y sería como si tuviesen toneladas de plomo o de hierro.

—¿Entonces?

—Para comprender los propósitos de estos granujas, que son diabólicamente listos, hay que ponerse en su pellejo...

Warren se estremeció, mirando la piel que el doctor seguía teniendo en las manos.

—¡No hable así, por favor!

—Bueno. Lo que quería decir es que esa gente ha pensado muy bien las

cosas. Supongamos, por un momento, que habían pensado en un principio, por ejemplo, utilizar los medios coercitivos con los que nos amenazan para robar un Banco. Vieron que la cosa era peligrosa. Y fue entonces cuando imaginaron esta amenaza cósmica, muy de nuestros tiempos. Así, una vez tengan el oro al alcance de sus manos, o bien pueden controlar todo el negocio mundial, lo que por su enorme complejidad me parece imposible, o bien, y esto es más lógico, se quedarían con una buena parte del oro, devolviendo el resto para no desvalorizar la reserva mundial y convertirse, de la noche a la mañana, en la mejor fortuna del Globo. Evidentemente, es una forma de robo audaz, como nunca se hubiera hecho en la historia del crimen. Indudablemente, cuentan con el terror de los delegados del Consejo y, quizá, si no me equivoco mucho, con el de la gente en general.

—¿Y qué vamos a hacer? —preguntó Warren.

—Creo que va usted a llegar tarde a la reunión, Thomas. Le estarán esperando con impaciencia.

El otro consultó el reloj.

—¡Dios santo! —exclamó—. Hace ya quince minutos que deberíamos haber empezado.

—Bueno, no se preocupe. Pat va a darle la caja de la misma manera que estaba. Usted la llevará al Consejo, como si siguiese las instrucciones de la carta. Leerá el mensaje que hay escrito sobre la piel y dejará que los delegados opinen.

Thomas miró con asombro a Callowan.

—¿Cómo?—inquirió—. ¿Va usted a hacer eso?

—¿Por qué no?

—Porque lo que yo deseaba era evitar, a todo trance, el escándalo que esta absurda amenaza provocaría en la reunión. ¿Se imagina usted la reacción de los delegados?

—Lo imagino, pero no hay más remedio que hacerlo. Por el momento, lo que nos interesa saber es si esta amenaza tiene una base lógica o se limita solamente a ser una broma de mal gusto o el mensaje de un maniaco. Si la silenciásemos, nunca sabremos la verdad y podríamos, más tarde, cuando menos lo esperásemos, tener una desagradable sorpresa. ¿Me entiende ahora, Warren

—Sí.

—Nosotros, el doctor y yo, iremos también a la reunión, pero nos mantendremos aparte, vigilándolo todo.

—¿Es que teme que el que ha escrito esto se encuentre en el interior del edificio del Consejo?

—No puedo decirle si será así, pero todo es posible. ¿Vamos?

Warren asintió.

Estaba bajo el peso de una sensación extraña. Porque sabiendo que la reacción a aquel mensaje iba a ser violenta, temía las burlas de los delegados y su desprecio para la persona del secretario que se había dejado llevar por

aquellas estupideces que habían escrito en la piel humana.

Por otra parte, Callowan tenía razón. No podía saberse nada cierto sobre la amenaza sino no se leía en la Asamblea.

Una vez fuera del edificio de la SIP, Thomas cogió su helirrotor y se dirigió a toda velocidad hacia el Consejo Mundial. Llegaba ya tarde y al penetrar en el edificio, atravesando los salones hasta que llegó al de la asamblea, su nerviosismo iba en aumento.

Todas las miradas se clavaron en él y leyó en todas ellas un desacuerdo con la tardanza.

Con un gesto saludó al Presidente y fue después a ocupar su sitio en la tribuna. Sobre el pupitre estaban las carpetas de los asuntos a estudiar, así como una nota con el orden del día.

Carraspeó, buscando su voz, antes de empezar.

—Señores — dijo, sin levantar los ojos de la caja que había colocado sobre la carpeta —, ruego que perdonen mi tardanza que, como verán a continuación, ha sido motivada por un imprevisto que comunicaré a todos ustedes. Esta mañana he recibido una nota en la que se me ordenaba, bajo amenaza personal, abrir esta caja en la asamblea y leer el contenido de una nota que hay en el interior. Voy a hacerlo...

Abrió la caja y con un gesto de repugnancia que no podía contener sacó el trozo de piel. Leyó el contenido despacio, en voz alta, pero llena de las inflexiones que la emoción ponía en ella.

Hubo un silencio corto, seguido del levantar de manos de casi todos los delegados que pedían permiso para hablar al presidente.

Éste otorgó la palabra al delegado de Francia.

—No creo — empezó a decir éste — que podamos perder tiempo en estas cosas, como tampoco comprendemos, y estoy seguro de que es éste el sentir de todos los presentes, cómo nuestro secretario general se ha dejado llevar por algo que no puede ser más que una estúpida y absurda broma. ¿Por qué no entramos, de una vez y de lleno, en el orden del día?

Todos le aplaudieron.

Entonces el presidente, un sudamericano de cabellos negros y tez endrina, dijo sonriendo:

—Estoy de acuerdo con todos ustedes. — Miró al secretario—. Lamento de verdad la preocupación que ha tenido, amigo mío; pero no tema, todo eso no es más que la aberración de espíritu trastocado. ¡Empiece la sesión!

Desde el fondo de la sala, sentado junto a Pat, Donald Callowan observaba atentamente.

También le parecía a él ahora que todo aquello era absurdo, que no tenía ni pies ni cabeza.

¿Quién iba a atreverse a amenazar al organismo más poderoso de la Tierra?

Sólo un loco o un estúpido podía haber inventado lo de los seres

espaciales, puesto que estaba demostrado, después de la ocupación de Marte y Venus, que era más que posible que no hubiese formas de vida inteligente en el Sistema Solar, fuera de los habitantes de la Tierra.

Observó la palidez que cubría el rostro de Thomas, su buen amigo, cuyo prestigio acababa de recibir un duro golpe delante de los delegados de todos los países del Globo.

«¡Pobre Warren!» — pensó.

Y fue en aquel momento cuando se produjo lo inesperado.

Una serie de exclamaciones y alaridos surgieron por doquier. Muchos delegados gritaban y a las exclamaciones de los hombres se unían los histéricos alaridos de las delegadas.

Seguido por Pat, Callowan se encaminó hacia el lugar más cercano donde se producía aquel estrépito, abriéndose paso entre los que se habían puesto de pie y miraban, con horror, ante ellos.

También vio Donald el motivo de aquel terror que una mente humana no llegara a imaginar.

Y él mismo, a pesar de su sangre fría, no pudo evitar un estremecimiento, al contemplar, caído en el suelo, el cuerpo de uno de los delegados, tan espantosamente descompuesto que se hubiera dicho que había muerto hacía semanas.

Un hedor alucinante llegó hasta él.

Mientras, Pat, que se había acercado al cuerpo, marchó luego a ver los otros que yacían en el hemicíclo.

Había doce en total.

Avanzando hacia el presidente, que estaba tan pálido como los demás, Callowan le saludó.

Después, ya junto a él, dijo:

—Lo mejor es que permita que se vayan, señor. Pero niégueles que no digan nada a nadie. Hágalo personalmente, por favor.

—¿No le parece que sería mejor que pasase con ellos a otro salón y les hablase allí... tranquilamente?

—Tiene usted razón.

Los delegados salieron de la asamblea y quedaron Callowan y Pat en la sala.

El jefe de la SIP se acercó al doctor que, arrodillado, examinaba uno de los cuerpos.

—¿Qué te parece todo esto? —inquirió.

Pat levantó la cabeza.

—Si no lo estuviese viendo, no lo creería. Es como si estos pobres hombres hubieran muerto hace semanas. ¿No te das cuenta del estado de descomposición en que se encuentran?

En realidad, el aspecto que ofrecían aquellos cuerpos era horrible. La piel se había abierto; los músculos, en muchas partes al descubierto, mostraban un

estado de destrucción casi completa. Y hasta los huesos, sobre todo en el rostro, asomaban sus pálidas superficies entre los restos de carne, muy pocos, que quedaban aún indemnes.

—Ha cumplido su amenaza, ¿eh, Pat?

—Sí. Y según veo, nos encontramos ante uno de los casos más difíciles que se nos hayan presentado nunca.

CAPÍTULO V



A pequeña nave era conducida por James. Se trataba de un velero de línea fina y audaz, cuya afilada proa cortaba impetuosamente la onda, abriéndola en canal y dejando en pos suyo una estela espumosa que el sol hacía brillar intensamente.

Sentada en la popa, a su lado, con un encantador traje de baño, la pelirroja Beth, cabellos al viento, respiraba con ansia la salobre brisa marina. Y él, mirándola sin cesar, se consideraba en aquellos momentos el más afortunado de los hombres.

Elmer y Helen habían preferido quedarse en la playa y aquello favorecía indudablemente los planes de James, que deseaba estar a solas con aquella maravillosa criatura.

—Es delicioso — dijo ella en aquel momento.

—¿Le gusta de veras?

—Sí. Además, conduce usted muy bien, Murray.

Él se encogió de hombros.

—¡Bah! Siempre me atrajo la náutica.

—También a mí. Mi padre quiso comprarme un pequeño velero el año pasado, pero no pudo venir conmigo aquí y me dijo que lo haría este año — sonrió —, aunque ahora está más ocupado que nunca.

—¿Trabaja en Washington?

—Sí.

—¿Hombre de negocios?

—No. Mi padre es profesor en la Universidad Federal.

—¿Profesor?

—Eso es. Ostenta la cátedra de Biología. Quizás haya oído hablar de él: es el profesor Claude Summerland.

—¡Claro que sí! He oído hablar de él y hasta le he visto, en la televisión, donde creo que ha dado algunas conferencias. ¿No es cierto?

—En efecto. Papá trabaja mucho.

—¿Y su amiga?

—Es la hija del profesor Kumler, el ayudante de mi padre: una bellísima persona.

James lanzó un suspiro.

—¡Las hijas de dos profesores! ¡Caray y qué ridículos deberemos parecerles nosotros!

Ella frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Sencillamente, porque ni Elmer ni yo somos chicos de gran cultura y ustedes dos deben de estar acostumbradas a tratar con futuros profesores.

—Eso es cierto — dijo ella, con una sonrisa divertida — por lo menos lo último que ha dicho. Pero le aseguro, con toda sinceridad, que la compañía de esos futuros profesores no es nada agradable. Ya puede usted imaginarse los motivos preferidos de su conversación.

—Me lo imagino. ¿Quiere usted decir entonces que es más agradable la nuestra?

—Es más natural. Y nosotras, Helen y yo, que pasamos casi todo el año en la Universidad, con la sola compañía de esos muchachos, ansiamos escapar de ese cepo y poder charlar, bailar y divertimos con hombres como su amigo y como usted.

Él se mordió los labios.

Comprendía perfectamente el oculto sentido de las palabras de la joven. Después de todo, ella tenía razón, ya que para divertirse y pasarlo bien, bastaba un muchacho como él, mientras que para algo más serio. Para enamorarse, por ejemplo, ella necesitaba otra cosa, algo de su clase, uno de aquellos serios jovencitos que llegarían a convertirla en lo que aspiraba: ser la esposa de un profesor.

El cambio de expresión del rostro de James llamó la atención de la muchacha.

—¿He dicho alguna inconveniencia? — preguntó con un asomo de preocupación en la voz.

—No, nada...

—Sea sincero, James. No me gusta estar al lado de una persona que me oculta algo que le desagrada.

—¿No se enfadará?

—No.

—¿De veras?

—Se lo prometo.

Hubo una pausa.

Luego, James, se decidió a hablar.

—Verá... quizá le parezca el hombre más estúpido que haya conocido nunca, pero puesto que me ha dicho que sea sincero... yo... en fin, me mordería las uñas de rabia si estuviese convencido de que no soy ni puedo ser para usted más que un motivo de diversión.

Ella lanzó una carcajada.

—¡Ah! ¿Era por eso?

—¿Le parece poco?

Una de las manos de la muchacha se posó sobre la del joven.

Y éste se estremeció.

—No he querido decir eso, James. Al hablar de que prefería estar con hombres como usted, no lo decía con intención de considerarle como un simple motivo de diversión. Lo que quería decir es que los otros, los de la Universidad, son insoportables...

—¿Incluso como maridos?

—Eso no lo sé. Pero no le comprendo del todo...

La miró, viendo cómo el rubor subía a sus mejillas, inundándolas de un color rosado que aumentaba incesantemente su atractivo.

—Yo... —musitó él, incapaz de decir más.

El resto fue tan natural como fácil y lógico.

Soltando el timón, la tomó en sus brazos. Y sus bocas se unieron en un beso que podría haber durado una eternidad, como dicen los poetas, a no ser porque la lancha, azotada de flanco por un fuerte golpe de viento, dio la vuelta., lanzándolos al agua.

Emergieron juntos y después de mirarse, rieron a carcajadas, ya que su situación no podía ser más cómica.

—Espera — le dijo él —, Voy a enderezar la barca.

Nadó velozmente hasta llegar junto a la embarcación que consiguió colocar en su posición natural, ya que era del tipo de las reversibles y la quilla hacía de balancín estabilizador.

Una vez los dos a bordo, volvieron a reír y se sentaron otra vez en el lugar que antes ocupaban.

—De no haberlo visto — dijo James —, no lo hubiese creído.

—¿Qué quieres decir?

—¡Que hasta el barco tiene celos de mi felicidad!

—¡Pretencioso!

—¡Bonita!

Se iban a besar de nuevo cuando el rugido de una lancha motora les obligó a volver la cabeza hacia el sitio por donde la veloz nave llegaba.

—¿Es que no nos van a, dejar tranquilos? —inquirió Murray, de pésimo

talante.

Pero la muchacha, señalando la motora que se acercaba exclamó:

—¡Mira, James! ¡Son Helen y Elmer!

—¿Eh?

Miró James a su compañero que conducía la motora y que evolucionando consiguió colocar junto a la borda de la embarcación a vela.

—¡Hola! — les gritó la morena.

Pero Murray no hizo más que un gesto vago, concentrando su atención en su amigo.

—¿Qué hay, Schott? —preguntó.

—El Viejo nos llama.

—¿El Viejo? —preguntó Helen—. ¿Quién es?

—Llamamos así al jefe de nuestros almacenes de televisores — se apresuró a decir Murray.

Y el otro, desde la borda dijo:

—Engancha tu barca a la canoa. Tenemos que ir a tierra inmediatamente.

—¿Es tan urgente?

—Sí.

James obedeció, pasando después a la motora donde las dos muchachas, a proa, parecían animadas en una conversación cuyo contenido era fácil de adivinar para James.

¡Maldita sea!

Justo en el momento en que se había enamorado de una chica como aquella, Callowan interrumpía los deliciosos instantes con una llamada intempestiva y urgente.

Sentándose al lado de Elmer, mientras éste ponía la motora en marcha, después de ver que la barca estaba bien ligada para ser arrastrada, James esperó unos instantes para decir luego:

—¡Eres el gafe de los gafes!

—¿Sí?

—¡Claro! Siempre te sales con la tuya... ¿Cómo demonios lo haces, Elmer?

—¿El qué?

—Predecir que van a llamarnos.

—No lo sé — repuso el otro, con una sonrisa —. Es como si empezara a ponerme nervioso, de repente. Me siento intranquilo y nada de lo que me rodea me complace.

—¡Maldito adivino!

—¿Es que no quieres regresar a Washington?

—¿Quién dice eso? Lo que quería es quedarme más tiempo aquí.

—¿Por qué?

James echó una mirada de asombro a su amigo, como si se tratase de un

marciano que, por arte- de magia, hubiera aparecido a su lado.

—A veces — dijo — me pregunto si eres de carne y hueso.

—¿Por qué?

—¿Es que no le has dicho nada a Helen?

—¿Qué tiene que ver ella con esto que hablamos ahora?

Murray lanzó un suspiro.

—Es inútil contigo, Elmer... Es como si tratase de leer unos versos de Eliot a una tortuga. Yo creía que Helen te gustaba; es una morenita encantadora, lo que andábamos buscando. Una muchacha estupenda que es capaz de quitar el seso a cualquiera.

—Y me gusta.

—¿No se lo has dicho?

—No. ¿Y tú?

—Sí.

—No hay más que ver tu cara para saberlo. Pero... no le habrás prometido nada, ¿verdad?

—¿Por qué no podía hacerlo?

—¿Estás loco? Enamorarte seriamente de una chica representa, y tú lo sabes muy bien, dejar de pertenecer a la SIP.

James no dijo nada.

Una idea acababa de abrirse camino en su mente, haciendo estallar una serie de cosas que hasta entonces habían permanecido incólumes, sólidas como rocas.

¿Sería posible que Beth fuese un obstáculo tan grande, cuando apenas si acababa de conocerla?

* * *

El dictáfono zumbó sobre el despacho de Callowan, haciendo que éste tendiese la mano para pulsar la palanca.

—¿Diga?

La voz de la muchacha de la centralita llegó hasta él.

—Hay un periodista que desea hablar con usted, señor.

—Ya sabe que nunca los recibo aquí.

—Dice que es muy urgente.

—Todos dicen lo mismo.

—Un momento... desea decirle algo desde aquí.

Callowan esperó.

Luego, una voz recia llegó hasta su aparato:

—¿El señor Callowan?

—Sí.

—Aquí, Lucien O'Neil, de la «American Tribune». Debo verle en seguida, señor.

—¿Por qué?

—Alguien me ha dado una información que me veré precisado a publicar si usted no me recibe.

Donald guardó unos segundos de silencio.

Después dijo con voz clara:

—Diga a la señorita que lo conduzcan hasta aquí. Pero le advierto que no puedo concederle mucho tiempo.

—Cinco minutos serán bastantes.

Donald esperó a que el hombre penetrase en su despacho. Era alto, de cabellos rojizos, que explicaban su apellido irlandés. Tenía la piel blanca y llena de manchas marrones. Sus ojos verdes brillaban intensamente, con una luz viva, que indicaba una personalidad decidida y potente.

—Siéntese y hable.

El otro obedeció.

Después, dijo mirando a Callowan:

—Esta mañana, señor, recibí un aviso telefónico. Alguien me dijo que deseaba darme una noticia sensacional que haría duplicar la tirada del periódico.

—¿De qué se trataba?

—Me dijo mi misterioso comunicante que ayer, en la reunión del Consejo Mundial que como ya sabe usted es secreta, se produjo una catástrofe rara. Hubo muchos muertos, al desobedecer el mensaje que unos seres de otro planeta nos habían enviado, como un ultimátum. ¿Es cierto eso, señor?

—A medias.

—Yo no quise publicar nada sin consultar antes.

Y como el presidente del Consejo se negó a recibirme, pensé que lo mejor era venir a ver a usted.

—Ha hecho muy bien, O'Neil.

—¿Debo publicarlo?

—No, en absoluto.

—Pero...

—¿Qué hay?

—Aquel tipo me dijo que si no publicaba la noticia, sería motivo para que todos los periódicos de la ciudad lo hiciesen.

Donald frunció el ceño.

Era natural que obrasen de aquel modo, después de comprobar que no se había publicado nada de lo ocurrido en el Consejo. Puesto que no se había hecho caso a la amenaza, era lógico que «ellos» desearan una mayor publicidad, dispuestos a que el gran público exigiese a las autoridades que hicieran algo.

—No publique nada.

—Pero ¿qué es lo que ha ocurrido, en realidad?

Callowan le miró a los ojos; después dijo:

—Usted es un hombre serio, O'Neil... y puedo decirle la verdad porque estoy seguro de que nada saldrá de sus labios.

Y le relató, lenta y detalladamente, todo lo que había acontecido en la sala de reuniones del Consejo.

Al terminar dijo:

—Ya se dará cuenta de que nos encontramos ante un criminal dispuesto a todo. Lo de ser habitantes de otro planeta no es más, estoy seguro, que un argumento fácil y de moda para imponerse al gran público. Pero la realidad es que la banda que hace esto es muy poderosa.

—¿Han empezado a trabajar contra ella?

—Sí. Y puedo asegurarle que pondremos todos los medios a nuestro alcance para descubrir a los culpables.

Lucien sonrió.

—Está bien, señor Callowan. No publicaré nada y le informaré si me vuelven a llamar.

—Me interesaría mucho que así lo hiciesen.

—¿Por qué?

—Porque, si pudiésemos hacer que su comunicante viniese a verle, obtendríamos un triunfo, ya que no se nos escaparía y podríamos saber quién es el que mueve los hilos desde la sombra.

—No es mala idea.

—¿Puedo contar con usted?

—Por completo.

Se estrecharon la mano.

Después, Donald condujo al periodista hasta el ascensor que iba a llevarle hasta la planta baja.

Una vez solo, Callowan se sentó en su sillón y encendió un cigarrillo, después de echar la mano a la caja de habanos, que empujó con rabia.

«Hasta ahora — pensó —, hemos conseguido reservar las noticias de lo ocurrido, impidiendo que la gente se enterase. Pero está visto que ellos están interesados en que el gran público se entere de lo que ocurre e intervenga aterrorizado... ¿Cuál será el próximo golpe?...»

Pulsó el dictáfono.

—¿Han llegado ya Murray y Schott? —preguntó.

—Su llegada está anunciada para esta tarde, señor.

—Bien.

Era curioso que en determinados momentos no tuviese agentes al alcance de la mano. La SIP estaba en todas partes y sus hombres luchaban bajo todas las latitudes contra el crimen y la delincuencia. Eran muchos, pero más eran los lugares en los que se les reclamaba con urgencia.

Además, para aquel caso, Callowan necesitaba dos muchachos como

Elmer y James, cuyas características conocía y cuya decisión iba a jugar, estaba seguro, un papel importante en el caso que le ocupaba.

Sonó el dictáfono, rompiendo el curso de sus pensamientos.

—¿Sí?

—¡Baje inmediatamente a la salida, señor! ¡El doctor Sullivan le espera!

—¡Voy!

Pulsó el ascensor que le colocó en la planta baja en un tiempo mínimo.

Una vez abajo, siguió corriendo hacia la salida.

Allí estaba Pat.

Pero, a los pies del doctor estaba el cuerpo del periodista. Así pudieron comprobarlo más tarde, ya que la descomposición cadavérica lo había transformado en algo espantoso.

Sullivan miró a su amigo:

—Venía de verte, ¿verdad?

—Sí... no han tardado mucho en saberlo.

—¿Algo importante?

Callowan contó a Pat lo que O'Neil le había comunicado.

—Iba a colaborar con nosotros — dijo, después —, pero le han cortado en seguida las alas. ¡Hay que descubrirlos, Pat!

—Desde luego.

—¿Qué sabes del examen de los cadáveres?

—Nada. Sigo sin explicarme no solamente lo que ha motivado la muerte, sino cómo es posible que se hayan descompuesto en pocos segundos.

CAPÍTULO VI



QUELLA misma tarde, la catástrofe estalló en las tranquilas calles de la ciudad. Washington vivió, a partir de aquel momento, las horas más alucinantes de su vida.

Ochenta cadáveres, completamente descompuestos, fueron retirados, en

menos de dos horas, de las avenidas de la ciudad, ante el horror de la gente, produciéndose casos en que una persona caía cuando iba acompañada por otra.

Al atardecer, toda la prensa publicaba la explicación de lo ocurrido, que había sido comunicado por teléfono a cada una de las más importantes redacciones.

Y aquella misma tarde, nada más llegar a la ciudad, Elmer y James, tras haber permanecido dos horas en el despacho de Callowan, salieron a la calle, dispuestos a no descansar sin hacer lo imposible por descubrir algo.

El terror cundía por doquier.

Cientos de llamadas se habían hecho a los periódicos y centros oficiales, requiriendo una intervención pronta de las autoridades, exigiendo que se entrase en comunicación con los misteriosos seres llegados del espacio.

En un coche cerrado, los dos agentes recorrían la ciudad.

—¡Vaya lío! — exclamó James, encendiendo un cigarrillo.

—Es muy grave — repuso su compañero —. Porque, ¿hacia dónde ir?, ¿cómo empezar?

—Eso mismo me estoy preguntando yo.

—Tendrán que ceder. Ya has visto que Callowan estaba desesperado, como nunca le había visto.

—Es natural. No sabe nada de nada. Y mientras, esos criminales van a volver loca a la ciudad.

—Han aprovechado que el Consejo se reunía aquí esta vez.

—No son tontos.

Fue entonces cuando la radio del coche funcionó.

—¿Diga? — inquirió James, puesto que su amigo conducía el vehículo.

—Aquí Central SIP. Un momento, Callowan va a hablar.

—Volved a casa, muchachos. Han cambiado nuestros planes.

—Vamos en seguida, señor.

James colgó.

—El Viejo está fuera de sí. Veremos lo que se le ha ocurrido ahora.

Entraron en tromba en el parque de la SIP y tomaron el ascensor que les dejó en el despacho del Viejo.

Pat también estaba allí.

Callowan hizo un gesto, señalando dos sillones en los que los agentes se acomodaron; después, mirándolos fijamente, dijo:

—Hemos sido vencidos, muchachos. Por lo menos, en estos tres primeros asaltos: lo del Consejo, la muerte de O'Neil y lo que ha ocurrido en la ciudad. Tenemos que ceder, no hay más remedio.

—¿Qué haremos, señor? — preguntó Elmer.

—Ceder, ya lo he dicho. Acabo de dictar una nota, firmada por el presidente del Consejo Mundial, y destinada a ser radiodifusada y televisada. En ella se dice que estamos dispuestos a obedecer y que esperamos instrucciones.

—¿Cómo? ¿Hemos cedido hasta ese punto?

—Sí. Porque nos interesa estar en contacto con esa banda. Es la única manera de orientarnos un poco.

Pat intervino.

—Lo que Callowan desea — explicó — es saber qué es lo que quiere esa gente. Y la única manera de conocerlo es estableciendo contacto con ellos. Sobre todo en lo que se refiere al oro...

—¿Qué quiere usted decir?

—Que en el primer mensaje destinado al Consejo, ellos pidieron qué la totalidad de la reserva de ese metal fuera enviado a un lugar por ellos escogido. Decían, y es obvio negar ese absurdo cuento, que deseaban controlar la economía humana. Pero nosotros estamos convencidos de que lo que ellos quieren es tener el oro al alcance de la mano para poder apoderarse de una buena cantidad. Sobre todo si pensamos en que no se les puede entregar la reserva entera y que tendremos que empezar por la que el Banco Americano tiene aquí en los Estados Unidos, bajo el control directo del Consejo.

—Eso es, muchacho — dijo Callowan —. Y, si os he llamado, es porque quiero que permanezcáis aquí hasta que ellos hayan dicho dónde desean que les llevemos el oro.

—¿Y si se apoderan de todo?

—Les sería más perjudicial que útil. Vuelvo a decir que sólo se quedarán con una parte.

—Está bien.

—Pueden salir un rato cada día, pero sin hacer nada que les delate. Y, naturalmente, permaneciendo en contacto continuo con nosotros.

—Así lo haremos.

Se despidieron de Callowan y abandonaron su despacho.

Una vez fuera, se dirigieron hacia donde habían dejado el coche, no despegando los labios hasta que estuvieron fuera del recinto de la SIP, atravesando el puente sobre el Potomac.

Fue James quien rompió el silencio.

—¡Qué rabia que tengamos que ceder! Es la primera vez que el Viejo se ve obligado a hacerlo y estoy seguro que alguien lo pagará caro.

—¿Te has fijado en su cara?

—Sí. Y no me hubiera gustado encontrarme en el pellejo de esos granujas que han provocado todo esto. Cuando Callowan les eche la mano encima...

—¿Cómo demonios provocarán la corrupción de los cuerpos?

—¡Quién lo sabe!

—Desde luego, el Viejo no ha dicho nada, pero yo estoy seguro de que ha olvidado algo.

—¿El qué?

—Que tiene que haber un sabio en todo esto. Alguien, que conoce muchas cosas... un hombre de ciencia. Porque nadie que no lo fuese hubiera sido

capaz de hacer que un hombre vivo se convierta en un cadáver podrido en pocos segundos.

—Tienes razón.

—Me alegro de que lo digas. Porque esto va a orientar un poco nuestras investigaciones.

—¿Es que no has oído al Viejo decir que no debemos hacer nada?

—Ya lo sé. Y, por el momento, no podemos hacer nada, como tú dices. Pero cuando ellas regresen...

—¿Ellas?

—Helen y Beth. ¿O es que las has olvidado?

—No, pero no veo qué pueden tener ellas de común con todo esto.

—Mucho. Ambas son hijas de profesores y podrán orientarnos, si les preguntamos con cuidado, hacia alguien que pueda ser capaz de haber hecho estudios sobre cadáveres. ¿Me entiendes ahora?

Elmer le observó con admiración.

—¡Qué tío eres!—le dijo luego—. ¿Sabes que has pensado en algo que puede dar sus frutos?

—Desde luego— rio su amigo—. ¿O crees que no pienso, como tú, más que en comer?

También rio Elmer.

—Tómalo a broma si quieres, James; pero ahora mismo, si nos parásemos a tomar algo, te quedaría eternamente agradecido.

—¡Heliogábalos!(1)

—Llámame lo que quieras. Mira, precisamente estamos cerca del «Star». Es uno de los restaurantes más elegantes y buenos de Washington. Te invito a merendar... ¿quieres?

—Está bien.

Maniobró James, para ocupar el lugar que otro coche estaba dejando. Y fue entonces, al detenerse, cuando su mirada se quedó fija, mirando a través del parabrisas.

—¿Qué te ocurre? —preguntó su amigo, que ya había abierto la portezuela para bajar y le sorprendía la inmovilidad de su amigo.

—¿Estoy viendo visiones?

—¿Qué?

—Haz el favor de mirar el coche que tenemos delante.

Obedeció Elmer, lanzando acto seguido una exclamación.

—¡Caramba!

—Entonces... ¿no sufro alucinaciones?

—No. ¡Es el coche de las muchachas!

—Pero ¿cómo habrán venido tan pronto?

—No lo sé. Aunque creo que en el interior del «Star» está la respuesta.

—Tienes razón. ¡Vamos! ¡Bendita sea tu idea de comer!

—¡Menos mal que por una vez al menos no dices nada malo de mi apetito!

—¡Nada! Tu apetito es lo más maravilloso que he conocido, hermano...
¡Vamos!

Reía, pero su alegría estaba, en su interior teñida de una emoción que apenas podía contener.

¡Volver a ver a Beth!

Delicioso...

* * *

El hombre miró, con respeto, el letrero que había sobre la inmensa puerta:

SPACIAL INTERNATIONAL POLICE
CENTRAL

Luego, tras unos instantes de duda, se acercó al agente que estaba de guardia en la entrada.

—Buenos días...

—Buenos días. ¿Qué desea?

—Hablar con el jefe.

—¿Para qué?

—Es muy importante.

El agente le miró de arriba abajo.

Luego dijo:

—Un momento. Voy a llamar al jefe de la guardia. Él le acompañará donde sea necesario.

Momentos después, el hombre avanzaba por el jardín inmenso que rodeaba los edificios de la SIP. Precedido por el jefe de guardia, fue llevado ante uno de los agentes-jefes de sección ante el que expuso los motivos de su visita.

Considerándolos importantes, el mismo agente-jefe llamó a Callowan, que ordenó que el hombre fuera conducido a su despacho.

—Síntese — ordenó el jefe de la SIP.

Y tras una pausa, después de leer lo que el agente había, anotado sobre la declaración del hombre preguntó:

—¿Es usted Claude Baker?

—Sí, señor.

—¿Dónde trabaja?

—En el centro de incineración, señor.

—¿Qué hace usted allí?

—Mi misión es la de llevar los cuerpos allí depositados hasta los hornos crematorios, señor. Formo equipo con un compañero... pero éste no ha querido venir.

—¿Por qué?

—Tenía miedo, ya que debimos denunciar el caso cuando se produjo...

hace ocho días.

—Bien. No tema y explíqueme con el mayor detalle lo que ocurrió.

Claude carraspeó, buscando las palabras; después:

—Verá usted, señor. Nosotros dos, mi compañero y yo, estábamos, como cada noche, atendiendo al mecanismo que hace que los cadáveres salgan automáticamente por una especie de cinta sin fin, pasando bajo los aparatos que proceden a su identificación...

—¿Y qué más?

—Que nos dimos cuenta de que no salían más cuerpos.

—¿Qué hicieron entonces?

—Fuimos al depósito, que está situado al fondo de la cúpula. Y allí vimos que los cadáveres habían desaparecido.

—¿Cuántos ?

—Diez.

—¿Observaron algo raro?

—De momento no, pero después, cuando buscamos con más cuidado, vimos huellas al otro lado de la puerta.

—Entonces ¿eso quiere decir que alguien los robó?

—Eso temo, señor.

—¿Y por qué no denunciaron el caso en seguida?

—Yo deseaba hacerlo... puede creerme. Pero mi compañero no quería, ya que esto puede significar nuestra expulsión y el trabajo está muy bien pagado.

—Comprendo.

—Después, ya no pude más y le dije a mi amigo que debíamos decir lo que había ocurrido. Y así ha sido como he venido solo, ya que él no quiso, en modo alguno, acompañarme.

Callowan reflexionó unos instantes.

Luego dijo mirando al hombre:

—Voy a ser excepcionalmente clemente con ustedes. Intervendré para que no les ocurra nada. Porque, después de todo, el que haya venido a denunciar el caso puede serme de gran provecho.

—¡Gracias, señor!

—Una última pregunta. ¿Eran todos los cadáveres de hombres o había mujeres?

—Hombres solos, señor.

—¡Bien!, puede retirarse.

Una vez se halló solo, Callowan llamó a Pat que no tardó en subir a su despacho. Y después de relatarle lo que Claude le había referido, Donald preguntó:

—¿No crees que hemos encontrado otro eslabón de la cadena?

—¡Desde luego!

—¿Qué te hace pensar todo esto, Pat?

—Muy sencillo: ahora estoy seguro de que robaron los cadáveres para extraer de ellos algunos productos químicos, sobre todo cadaverina.

—¿Qué es eso?

—La sustancia responsable de la descomposición de la carne. Es ella la que actúa, provocando la lisis de los tejidos y corrompiéndolos por completo. Claro que su aparición es lenta y tarda bastante en descomponer el cuerpo. Aunque esto depende de muchas otras condiciones: calor, grado de humedad, actividad de la flora bacteriana...

—Todo eso está muy bien; pero lo que me interesa es saber si ellos han podido utilizar los cuerpos robados en el Center.

—Seguro.

—Otra cosa. El que ha hecho esto no puede ser un cualquiera. ¿No te parece?

—Claro. Si lo que quieres decir es que se trata de un hombre de ciencia, no hay más que una respuesta posible: sí.

—Así podemos restringir un poco el campo de nuestra búsqueda.

—¿Sigues dispuesto a hacer lo del oro?

—Sí. Es la única manera de tenderles una trampa.

—¿Y eres tan iluso que crees que ellos no sospecharán nada?

—No soy iluso, Pat. Ya lo sabes.

—Eso quiere decir que tienes una idea en la cabeza.

—Sí. Y que tú has de realizarla.

—¿Cuál?

—Escucha.

Y le expuso el plan, lenta y detalladamente, sonriendo al ver la expresión de asombro que se pintaba en el rostro de Sullivan a medida que le escuchaba.

* * *

Elmer y James penetraron en el «Star».

La amplia sala estaba, como de costumbre, abarrotada de gente que alrededor de las mesas, sobre las que había una lamparilla y unas flores, comía y charlaba animadamente.

Los dos jóvenes agentes avanzaron por el estrecho espacio que entre sí dejaban las mesas, colocadas en hileras. Fueron mirando por todas partes hasta que Elmer anunció:

—Allí están, James.

—¿Dónde?

—A la derecha, en el rincón.

Murray siguió la dirección indicada por su amigo, viendo que, efectivamente, las dos muchachas estaban allí, solas, merendando y charlando. Miró a las dos, pero sus ojos se recrearon unos instantes con la linda silueta de Beth, que estaba más bonita que nunca.

Pero la realidad que les imponía su trabajo se impuso. Y antes de seguir

adelante, se volvió hacia Elmer.

—Mucho cuidado con lo que decimos. Hay que obrar con cautela.

—Desde luego.

—Vamos.

Salvaron la distancia que les separaba de la mesita. Y ellas, como si presintiesen la presencia de los dos jóvenes, se volvieron al mismo tiempo, poniendo una cara donde la sorpresa hizo brotar los colores.

—¡Hola! —saludó Murray.

Se estrecharon la mano y se sentaron entre las muchachas.

Y James dijo:

—Nunca hubiese pensado veros tan pronto aquí.

—Volvimos en seguida — dijo Beth —. Papá estaba un poco enfermo y eso fue lo que nos hizo regresar inmediatamente.

—¿No es nada grave?

—No, por fortuna. Aunque no lo he podido ver.

—¿Por qué?

—Tiene una enfermedad leve, pero contagiosa. Y no ha querido, el pobre, que yo corriese ningún peligro.

—Es natural.

Helen intervino:

—Ha sido una lástima. Porque estábamos tan bien allí...

—Yo — dijo Murray — me alegro de que hayáis vuelto. Naturalmente, lamento que haya sido por un motivo de enfermedad; pero como habéis dicho que el profesor Summerland no tiene nada grave... ¡y bien! Estoy contento de que estéis aquí.

Beth hizo parpadear sus hermosas y largas pestañas.

—Yo también, James.

—¿De verdad?

—Sí.

A partir de aquel momento, las dos parejas se pusieron a hablar por separado. Elmer conversaba en voz baja con Helen. Y Murray hacía lo mismo con Beth.

Charlaron de mil cosas distintas, pero James no había olvidado sus propósitos.

Y aprovechando la primera ocasión en que la conversación languideció un poco dijo:

—Quería preguntarte algo, Beth.

—Tú dirás.

—Mira. Mi compañero y yo hemos sido encargados de hacer un trabajo de información. Ya te habrás enterado de lo que ha ocurrido estos días aquí, ¿verdad?

—¿Te refieres a esas horribles muertes en la calle?

—Sí. Y precisamente, nuestro director de Televisión nos ha encargado que hagamos algunas entrevistas con profesores que se dediquen a trabajar sobre química y, en particular, sobre la química de la muerte.

Ella le miró, intensamente.

Después, tras una pausa, dijo:

—Yo no sé con certeza de lo que se estaba ocupando papá. Pero es uno de los mejores bioquímicos de la actualidad. Hablaré con él, en el momento que mejore y podrás hacerle una entrevista.

—No sabes lo que te lo agradezco. ¿Y el padre de Helen?

Ella lanzó una rápida ojeada a su amiga, que seguía conversando con Elmer.

Luego dijo en voz baja:

—El papá de Helen no es más que un ayudante.

Y no quisiera ponerle en un compromiso- Por eso es mejor que no le veas... pero no digas nada, ¿eh, James?

—No temas. No diré nada.

CAPÍTULO VII



ALLOWAN se froto las manos.

Todo está preparado, muchachos.

Sin decir nada, sentados ante él, Elmer y Murray asintieron con la cabeza.

El doctor Pat Sullivan estaba, en pie, junto al despacho de Donald.

Hubo un corto silencio; luego Callowan dijo:

—Los camiones con el oro saldrán esta noche. He recibido una carta, naturalmente sin huellas, que han enviado desde aquí mismo, en Washington.

—¿Cómo sabían que tenían que dirigirse a usted?

—Hice pasar un aviso en la televisión.

—¿Y no sospecharán nada al ver que la SIP se encarga de ello?

—Es posible. Pero el mensaje de la TV estaba dirigido por el presidente del Consejo Mundial y en él se decía que debían dirigirse exclusivamente a mí.

—Pero eso les hará ver que la policía interviene.

—Ya lo sé. No obstante, en el mensaje se les explicaba que la SIP se encargaba del asunto para garantizar el traslado del oro. Los agentes nuestros serán los encargados de proteger el convoy. Y eso es tan natural que no puede despertar sospecha alguna en esos granujas.

—¿Dónde debe ir el oro?

Callowan abrió la carpeta y sacó un papel.

—¿Ésta es la carta que he recibido — dijo tendiéndosela a Murray.

Hemos recibido el mensaje televisado y quedamos enterados de que el convoy con el oro de la reserva de América está dispuesto ya para ser controlado por nosotros. Lamentamos de veras haber tenido que hacer una demostración de nuestros excepcionales poderes para acallar las estupideces que muchos de los humanos se permitieron decir a nuestra costa, no creyendo en nuestra amenaza ni en nuestra naturaleza extraterrena. Por el momento, nos damos por satisfechos con recibir el oro de la reserva de América. Luego, en el momento oportuno, indicaremos cómo ha de hacerse la entrega del resto, procedente de todas las partes del mundo. El oro debe ser llevado al desierto de Arizona, al lugar cuya latitud y longitud damos al final de esta misiva. Comprendemos que los agentes de la SIP deban garantizar este traslado. Pero una vez hayan dejado los camiones en el lugar previsto, deberán alejarse rápidamente, bajo peligro de ser convertidos en hediondos cadáveres. Para eso, deberán llevar vehículos vacíos para regresar, dejando el oro en los camiones que lo transportarán. Esperamos de la cordura de la SIP que no tendremos que dar otra lección a sus agentes...

James devolvió la carta a Callowan.

—Siguen empeñados en hacernos creer en que son seres de otro mundo.

—Sí, Murray., Pero no lo hacen porque sí. No son tontos y llevan una idea en la cabeza.

—¿Cuál?

—Muy sencillo. Saben que hemos de justificarnos ante la gente. Y, ¿qué pasaría si confesásemos que seguimos las órdenes de una banda de granujas? Mientras que si la gente cree que estamos siendo mandados por un pueblo procedente del espacio, no se atreverá a exigirnos cuenta y permanecerá tranquila y amedrentada. ¿Lo comprendes ahora?

—Perfectamente.

—El autor de este plan debió de madurarlo durante mucho tiempo y es

indudable que sabe lo que se hace.

Guardó la carta y dijo después mirando a los dos agentes:

—Claro que ya comprenderéis que no podemos quedarnos con los brazos cruzados. Tenemos un plan y vamos a ponerlo en práctica, aunque es muy peligroso. Tú, Pat, tienes ahora la palabra.

Sullivan miró a los agentes.

—Callowan desea que dos de los guardianes del oro se queden junto a los camiones.

—¡Eso no es posible!

Había sido Elmer quien, sin poder contenerse, lanzó aquella exclamación.

Y Pat preguntó, mirándole a los ojos:

—¿Por qué no?

—Porque me imagino, señor, que esos granujas irán armados hasta los dientes cuando vayan a coger la parte del oro que les interesa. Y nadie que se quede allí, si no es en gran número, podría salir con vida.

—En efecto — repuso el médico —. Ésa es también nuestra opinión.

—¿Entonces?

—Es que los dos que van a quedarse allí no estarán vivos.

—¿Eh?

Ahora fueron los dos los que se exclamaron al mismo tiempo.

Pat sonrió.

—Si la banda encuentra a dos de los agentes con vida, no lo estarán mucho tiempo. Pero si los halla muertos, es posible que desee aprovecharse de dos cadáveres que se le ofrecen gratuitamente.

—Pero...

—Un momento, Murray. Ya comprenderás que no vamos a matar a nadie, puesto que de nada nos servirían dos muertos. Pat ha preparado algo que solucionará todas las dificultades- del plan.

—¿De qué se trata, doctor? — preguntó Murray.

—Catalepsia. Los dos agentes recibirán una dosis de un fármaco que les sumirá en un sueño profundo, en todo comparable a la muerte, puesto que nadie, ni un doctor, llegaría a descubrir latidos cardíacos ni movimientos respiratorios. Por otra parte, los cuerpos pierden temperatura y se enfrían como si hubiesen muerto de verdad.

—¿Y el despertar?

—Se produce a las once horas. Contamos con las que tardarán los camiones hasta allí, lo que deja unas cuatro horas de margen, una vez los dos agentes hayan quedado solos.

—Todo eso está muy bien — dijo Elmer —, pero ¿cómo justificar una muerte doble?

—Hemos pensado en todo — replicó Pat —. Cuando los camiones lleguen al lugar del desierto donde deben quedar, se simulará un accidente. Y los dos «cadáveres» quedarán al lado del camión siniestrado. Todo se preparará para hacer creer a los bandidos que han muerto instantáneamente, por «shock».

Murray se pasó la mano por la frente.

Estaba sudando.

Porque se imaginaba — ¡y con qué facilidad! — que los dos «cadáveres» estaban allí, en el despacho de Callowan.

Elmer y él.

Donald debió de leer sus pensamientos.

—Yo no puedo obligar a nadie a aceptar una misión como ésta — dijo — Si vosotros dos no la aceptáis, buscaré a otros voluntarios.

—Cuenta conmigo — dijo Elmer.

—Y conmigo, señor agregó James,

Callowan sonrió.

—Lo sabía — dijo luego —Y no creáis que no veo los peligros que pueden presentarse. Por eso quiero hablaros de ellos antes de que os decidáis.

—Ya estamos decididos.

—No importa. Lo más grave que puede ocurrir es que esos granujas os entierren. Pero incluso hemos pensado ello, ya que un grupo de helicópteros saldrá, en cuando los granujas se hayan llevado la parte de oro que quieren. Y os desenterrarán en seguida.

—¿Y si no nos encuentran?

Donald miró a Sullivan.

—Díselo tú, Pat.

—No temáis nada, muchachos. Llevaréis un medallón radiactivo, cada uno, que con un contador Geiger, nos indicará inmediatamente el lugar donde os hubieran enterrado.

Una sonrisa asomó a los labios de James.

—¿Y si estuviésemos, entonces, convertidos en dos «fiambres» de verdad?

—Es una posibilidad que no hay que descartar, pero bastante difícil, ya que nos daremos prisa para llegar cuanto antes allí. De otra parte, lo más probable es que os lleven con ellos.

—¿Y cuándo despertemos?

Intervino Callowan:

—Entonces, muchachos, habrá llegado el momento en que obréis por vuestra cuenta.

* * *

El profesor conducía el coche. Habían salido hacía bastante tiempo de Washington. Y Hunter, a su lado, guardaba silencio, viendo desfilas el paisaje a través de la ventanilla cerrada.

Habían atravesado ya Kentucky, Missouri, Kansas y estaban en Nuevo México, cerca de la frontera donde empezaba Arizona.

—Pronto llegaremos — dijo el profesor.

—¿No ha elegido un sitio demasiado lejos, señor?

—No. El lugar es especial y podemos ver si nos siguen. Porque no hay que fiarse nada de la SIP.

Hunter se estremeció.

—¿No cree que nos tenderán una trampa? — inquirió.

—No. Aunque también es probable que lo intenten.

—¿Entonces?

—No hay que preocuparse. Ellos creen que somos muchos y que la totalidad de la banda va a venir a recoger el oro. No pueden imaginarse que sólo nos limitaremos a cargar el remolque. Con quinientos kilos tendremos suficientes.

—¡Quinientos kilos de oro!

—¿Te parecen pocos?

—¡Oh, no, profesor! Es una fortuna enorme.

El otro sonrió.

—Ésa ha sido precisamente mi mejor idea, Hunter: hacerles creer que éramos seres de otro planeta y que íbamos a controlar la totalidad del oro. ¡Se llevarán una buena sorpresa cuando vean que sólo deseamos controlar «definitivamente» quinientos kilos!

—¿Y después?

—Volveremos a Washington y daremos por terminada la visita de los «extraterrestres». Nadie volverá a saber de nosotros.

—Ya tengo ganas de terminar con todo, profesor.

—No te preocupes. Las cosas se han hecho muy bien y no pueden fallar.

—¿Y si estableciesen un cordón de policía alrededor de Arizona?

—¿Para qué?

—Para impedir que saliésemos con el oro.

El profesor frunció el ceño.

—No había pensado en eso, pero no se atreverán.

—¿Y si lo hiciesen? —insistió el otro.

—No importa. ¿Has traído las «plumas»?

—Sí.

—¿Cuántas?

—Seis.

—¿Bien cargadas?

—Sí, profesor.

El otro sonrió.

—Perfectamente. Si, como piensas, se atreviesen a poner barreras, serían ellos los que perdiesen más. ¡Sembraríamos el camino de cadáveres! Quedarían bien escarmentados.

Hunter se estremeció.

Estaba atardeciendo cuando penetraron en el estado de Arizona, y tomaron el camino del desierto.

—Entre las instrucciones que le di — explicó el profesor —, una de ellas exigía que llegasen de noche y dejaran los camiones con los focos encendidos.

—¿Para qué?

—Muy fácil. Nos colocaremos en un lugar alto desde donde veremos llegar a los camiones y marcharse sus ocupantes. Luego, armados con las «plumas» nos acercaremos, cogeremos el oro y saldremos de allí por un camino distinto del que hayan tomado ellos. Una vez en la autopista y rodeados por coches de toda clase, casi todos con un remolque como el nuestro, pasaremos fácilmente desapercibidos.

Hunter no dijo nada.

Tampoco despertó los labios durante el resto del camino.

Después de dejar la carretera principal, el profesor tomó un camino que penetraba directamente en el desierto. Durante una treintena de millas siguió adelante, subiendo después por una pendiente arisca, hasta detenerse en una especie de meseta.

Apagó los faros.

—Vamos. Esta atalaya nos servirá de magnífico observatorio.

Hunter le siguió hasta el borde de la meseta, donde, gracias a la luz de la espléndida luna que flotaba en el cielo, era visible una gran parte de aquella zona del desierto.

El profesor consultó el reloj.

—No tardarán mucho — dijo.

Y en efecto, poco después, en el horizonte, brillaban los focos de los camiones que, en una larguísima hilera, avanzaban pesadamente hacia la llanura.

—¿Te imaginas la fortuna que va ahí dentro, Hunter?

—Difícilmente, señor.

—Lo creo. Habría para volver loco al más ambicioso. ¿Y sabes por qué ellos han cedido?

—¿Por miedo?

—Sí. Si supiesen que la «banda» la formamos tú y yo y que estamos aquí los dos, hubiesen rodeado el desierto, utilizando incluso las tropas. Y no nos hubieran dejado salir de aquí.

—¡No lo diga ni en broma!

—No temas. Ellos están convencidos de que el jefe sigue en Washington y de que, si hacen algo, los cadáveres empezarán a aparecer por millares... Por eso nos dejan coger lo que queramos. Aunque esperan que cometamos un error... Pero están equivocados: no cometeremos ninguno.

Los camiones estaban ya cerca y el espectáculo valía la pena. Parecía una oruga larguísima, iluminada a trazos, que ondulaba sobre el desierto.

De repente y cuando estaban ya bajo la meseta, dos vehículos chocaron estrepitosamente y uno de ellos volcó.

—¿Qué ocurre? —se alarmó Hunter.

—¡Imbéciles! — rio el profesor —. Es el miedo que les hace perder el control...

Hubo una pausa en la marcha que, poco después, se reanudaba; pero la luz del camión caído dejó ver dos cuerpos inmóviles.

—Hay heridos — dijo Hunter.

—No nos importa. Ya se los llevarán...

Pero los cuerpos quedaron allí y cuando los tres camiones, que se llevaban a los conductores, se alejaron, el profesor se incorporó.

—Vamos. ¡Los muy cobardes! Han dejado los cuerpos de sus dos compañeros! Para que luego hablen del valor de los hombres de la SIP...

—¿Y si están heridos, señor?

—Los mataremos.

—¿Y si están muertos?

—Si están muertos... — lanzó una carcajada —. ¡Nos los llevaremos! Tenemos poca «cadaverina» y no sabemos si aún tendremos necesidad de fabricar más...

CAPÍTULO VIII



E nuevo el camino de vuelta, pero ahora rodeados por la intensa circulación que discurría por la Autopista Intercontinental. Hunter conducía y, a su lado, el profesor, con un cigarrillo en los labios, iba mirando el paisaje, fijándose en los anuncios en los que se leía el final de un Estado y el principio de otro. Arizona, Nuevo México, Oklahoma, Missouri, Illinois, Indiana, Kentucky, Virginia...

Cuando se acercaban a la capital federal, el profesor rompió el silencio que había guardado durante mucho tiempo.

—No iremos al laboratorio, Hunter.

—¿Dónde vamos entonces?

—A mi casa. Dejaremos el oro en el garaje, bajo el carbón de la calefacción, que ya no uso desde que puse una pila, pero que será un camuflaje perfecto.

—¿Y los cuerpos?

—Iremos más tarde al laboratorio. Quiero descansar. Los dejaremos en el garaje, ya que no nos preocupa que se descompongan. Mañana por la tarde los meteremos en dos cajas metálicas y los llevaremos al laboratorio. No hay prisa. ¿Es que no estás cansado de este viaje?

—Un poco.

Una vez en el garaje, descargaron el oro, después que Hunter hubo movido el carbón. Cuando los lingotes estuvieron ocultos, nadie hubiese pensado que allí había algo tan precioso.

El profesor rio.

—No es mala idea, ¿verdad?

—No.

Se acercaron de nuevo al remolque y colocaron, los cuerpos de los dos agentes, que estaban rígidos y fríos.

—Se conservan bastante bien — dijo el sabio —. Ahora vamos a descansar.

—Profesor...

Se volvió hacia Hunter.

—¿Qué quieres, Albert? —preguntó.

—Deseaba hablar con usted un momento.

—Ven a mi despacho.

Abandonaron el garaje y subieron por una escalera que conducía casi directamente a la habitación donde el profesor tenía su despacho.

—Siéntate. ¿Un cigarrillo?

—Gracias, señor. Prefiero no fumar ahora.

—Como quieras.

Encendió él un cigarrillo, dejando pasar unos instantes de silencio. Luego, sin dejar de mirar a Hunter, dijo:

—Puedes hablar.

—Verá usted, señor... yo ya estoy cansado. Le he ayudado todo lo que he podido.

—Lo sé.

—Espero que esté usted satisfecho de mis servicios.

Lo estoy.

—Mejor. Ahora, profesor..., deseo retirarme. He soñado siempre con montar una granja y quisiera hacerlo.

—Me parece muy bien.

El otro dudó.

Después, con voz temblona, dijo:

—Es que quisiera mi parte, señor.

—¿Del oro?

—Sí.

—¿Y cuánto crees que debo darte?

Hubo una nueva pausa. El profesor se dio cuenta de que los labios de Hunter temblaban.

«¿De codicia?», pensó.

—Yo creo — dijo Albert — que me corresponde la mitad.

—¿Eh?

—Yo he colaborado con usted, señor. Robé, con usted, los cadáveres del Center. Y he sido quien ha lanzado, con las «plumas», el líquido a la gente en las calles. Corrí un grave riesgo.

—¡Yo lo lancé en la asamblea del Consejo!

—Pero mi trabajo fue el más peligroso.

El profesor había palidecido; pero, dominándose, terminó por sonreír.

—Está bien, Hunter... tú ganas. Vamos a contar los lingotes y podrás llevarte la mitad.

—Gracias, profesor.

—¿Dónde has dejado las «plumas»?

—Abajo, en el coche. En el depósito de guantes.

—Bien. Vamos.

Albert se levantó y fue hacia la puerta.

Aquél fue el mayor error de su vida.

Porque al volver la espalda al profesor, éste aprovechó la maravillosa ocasión que le brindaban, apoderándose de la pistola que tenía en el cajón.

Una especie de rara intuición hizo que Hunter se volviese en el momento en que el profesor disparaba.

—¡Toma tu parte, imbécil!

La llamada cegó al criado y un dolor espantoso le atravesó el pecho; pero, gracias al movimiento que había hecho, en última instancia, evitó que el proyectil penetrara en el corazón matándole de una manera fulminante.

Alocado, echó a correr, atravesando la casa que tan bien conocía. Lo único que deseaba en aquellos momentos era escapar a los nuevos disparos que el profesor le hacía. La pistola vomitaba plomo, sin ruido, pues el profesor utilizaba un arma con silenciador.

No supo nunca cómo consiguió salir a la calle, donde la oscuridad le envolvió casi por completo. Echó a correr.

Al darse cuenta de que el profesor no le seguía, disminuyó la marcha, pero

respirando con tremenda dificultad. La idea de que iba a morir le aterró de tal manera que estuvo a punto de gritar; pero, dominándose, prosiguió su marcha, hasta ver un coche de patrulla de la policía.

Intentó atravesar la calle, pero cayó de bruces, justo cuando uno de los agentes se había fijado en él.

Lo llevaron al coche que partió como una flecha hacia la más cercana clínica.

Una vez allí y cuando el médico examinaba la herida, Hunter volvió en sí, mirando con los ojos agrandados por el terror, el rostro del facultativo...

—SIP... llamen a... la... S... I... P... —balbució.

Diez minutos más tarde, Callowan y Pat estaban junto al lecho.

Pero Hunter había vuelto a perder el conocimiento.

—No hay nada que hacer — les explicó el doctor —. La herida es mortal.

Callowan se mordió los labios.

—¡Es preciso que este hombre hable, doctor!

—Voy a inyectarle un tónico fuerte, pero no puedo asegurar nada.

—¡Inténtelo al menos!

Y Hunter abrió los ojos.

—Soy Callowan, de la SIP, muchacho... ¿qué querías decirnos? ¿Quién eres?

—El... oro... el... oro...

Callowan miró a Pat; luego, dirigiéndose al moribundo, dijo:

—Te entiendo perfectamente. Hablas del oro de Arizona, ¿verdad? De los lingotes que exigían los que firmaban habitantes de otro planeta.

—Sí.

—¿Dónde está ahora?

—En el gara... gara... je.

—¿De quién?

—Pro... fe... sor... pro... fe... sor...

Era horrible la lucha desesperada que hacía por vencer a las fuerzas de la muerte que ya lo tenían apresado para siempre.

Pero, en aquellos instantes, Hunter, seguro ya de que iba a morir, no deseaba más que una cosa: vengarse del profesor, hacer que pagase sus culpas.

—¿Qué profesor? — insistió Callowan.

—El..., profesor... Kum... Kum... ¡Kumler!,

—¡Bravo, muchacho!

—Tie... ne... un la... labo...: labo...

—Comprendemos: laboratorio. No pierdas fuerzas. ¿Dónde está ese laboratorio?

—En...; las afueras..., de la ciuda... en... en...

—¿Dónde?

—En..., en... en...

No dijo más.

Inclinó la cabeza hacia un lado, bruscamente, abandonando la expresión dolorosa de su rostro, que se cubrió de una serenidad que no necesitaba explicaciones.

Había muerto.

Callowan se volvió a Pat.

—Hay que buscar la casa de ese Kumler e ir inmediatamente allí. Los dos muchachos no han dado señal de vida y empiezo a estar preocupado.

—No los enterraron allí.

—Ya lo sé; pero, por lo visto, ese Kumler es un maníaco. ¿Te imaginas que haya metido un puñal en el corazón de Schott y Murray para comprobar que están verdaderamente muertos?

Sullivan se estremeció.

—¡Vamos aprisa! — rugió.

* * *

James fue el primero en abrir los ojos.

Tenía frío, un horrible y glacial frío que le penetraba hasta lo más hondo de los huesos. Por eso, antes de incorporarse se frotó los brazos y las piernas, hasta que sintió un agradable calor, que penetraba como la vida misma en su cuerpo.

Luego miró a Elmer, que seguía inmóvil.

Sentándose sobre el suelo del remolque, se acercó a Schott, frotándole vigorosamente hasta que consiguió que reaccionase, abriese los ojos y se sentase a su lado.

—¿De veras que no estamos muertos? — inquirió Elmer.

—Creo que no — repuso James, con una sonrisa —. Por lo menos hablamos.

—¿Dónde estamos?

—Dentro de un coche — miró el reloj, que llevaba también calendario y cronógrafo — ¡Arrea! — exclamó.

—¿Qué ocurre?

—Que algo ha debido de pasar con el líquido que nos inyectó el doctor Sullivan.

—¿Por qué?

—Porque llevamos cuatro días dormidos.

—¡No es posible!

—Puedes creerme.

—Lo dudo. ¡Cuatro días! ¡No puedo creerlo!

—¿Por qué?

—Porque mi estómago estaría dando gritos.

James sonrió.

—Eso debe de ser por efecto de lo que nos inyectaron. No te preocupes, pronto reclamará tu estómago comida y te aseguro que no me perderé el espectáculo.

Hubo una pausa.

Luego, Elmer, mirando a su amigo, opinó:

—Debemos salir de aquí. Quizá tengamos que empezar por interesarnos en lo que haya pasado en todo este tiempo.

—Espera.

Murray se arrodilló y abrió la puerta posterior del remolque. Lo hizo con una infinidad de precauciones, asomando después la cabeza para ver que se encontraban en el interior de un garaje, donde por el momento no había nadie.

—Podemos salir — anunció.

Lo hicieron.

Un silencio extraño reinaba allí. La luz de la bombilla que pendía del techo era lo suficiente potente para mostrarles hasta el último rincón del garaje.

James se acercó al enorme montón de carbón que había en uno de los ángulos, examinando el suelo.

—¡Fíjate en esto, Elmer!

—¿En qué? — inquirió el otro, acercándose.

—Mira. Es como si hubieran movido el carbón recientemente. El polvo ha quedado y se ven las huellas de los zapatos de dos hombres.

Elmer se inclinó y separó algunos trozos del montón.

De repente exclamó:

—¡Madre mía!

—¿Qué ocurre?

—¡El oro! ¡Lo han escondido aquí!

—No grites.

Murray comprobó que su amigo no se había equivocado.

—Hemos tenido una suerte loca. Ahora no nos resta más que ver a quién pertenece esta casa y conoceremos el nombre del culpable.

—¡Lástima que no llevemos armas!

—Nos las hubieran quitado de haberlas llevado. No importa, ya nos las arreglaremos como podamos.

Siguieron las huellas de las manchas de carbón que se dirigían hacia la escalera, por la que subieron, despacio, hasta tropezar con una pequeña puerta que empujaron con todo cuidado.

El silencio seguía reinando por doquier.

—¿No hueles nada? — musitó Elmer.

El otro olfateó.

—Es verdad!— repuso, en el mismo tono—. Se diría olor a pólvora.

—Y lo es. Alguien ha disparado aquí no hace mucho.

—Sigamos.

Había un pasillo y al fondo una habitación, cuya puerta estaba entornada. Un rayo de luz salía de ella.

Avanzaron de puntillas, procurando no hacer ruido.

Pero, cuando llegaban junto a la puerta, una especie de explosión tenue, como la producida por un tapón de champaña, al descorcharse una botella, les hizo tirarse al suelo.

La bala pasó silbando.

Sin perder tiempo, James se lanzó hacia la estancia, jugándose el todo por el todo. Pero al entrar, sólo vio una silueta que se dejaba caer por la ventana abierta.

—¡Corre hacia la puerta, Elmer! —gritó—. ¡Yo le seguiré por aquí!

CAPÍTULO IX



L callejón al que daba la ventana y en el que cayó Murray estaba completamente oscuro.

De todos modos, no se detuvo mucho tiempo allí, ya que había oído los pasos precipitados del que huía delante de él.

Corrió en la misma dirección.

Al doblar una esquina ante la que se detuvo por una elemental precaución, la luz de la avenida le cegó casi, dejándole ver, no obstante, que el resto del callejón estaba completamente vacío.

Cerró los puños.

—¡Maldita sea!

Abandonó el callejón desesperado, pues la avenida, llena de gente, no era el mejor lugar para buscar al fugitivo.

¿Qué hacer?

Elmer no aparecía tampoco por allí. Debía de estar en la otra calle, hacia la que James se dirigió, sin ver rastro alguno de su amigo.

¿Dónde habría ido?

Volvió a la avenida, mirando con desesperación hacia uno y otro lado. Los transeúntes así como los vehículos circulaban, pero nadie hubiese podido decirle hacia dónde se había dirigido el misterioso agresor.

Tampoco hubiera ganado nada volviendo a la casa y adivinando quién era el dueño, ya que lo que interesaba era cazarle.

«Si ya sabe que ha sido descubierto — pensó el agente —, poco le importará que conozcamos su nombre. Seguirá matando gente y se impondrá, por el terror, de nuevo... ¡No hemos ganado nada! Todos los esfuerzos han sido nulos... ¡Tengo que buscarle...»

De repente sintió que sus piernas flaqueaban y tuvo que apoyarse en la pared para no caer.

—¿Qué me pasa? —inquirió, sintiendo que un sudor frío le recorría el cuerpo.

Luego razonando, llegó a la conclusión de que su organismo, que había permanecido tanto tiempo sin recibir alimento alguno, lo reclamaba ahora sin compasión alguna.

Sonrió.

Pero tuvo que reunir las pocas fuerzas que le quedaban para decidirse a atravesar la avenida e ir hacia el letrero luminoso de un bar que había visto cuando abandonó el callejón.

—Elmer — dijo, mientras penetraba en el local — debe de estar como yo, cayéndose de hambre...

El bar tenía un salón ampliamente iluminado, con una puerta al fondo que debía conducir a los reservados.

Sentándose en uno de los taburetes, junto a la barra, pidió un bocadillo de jamón y una botella de cerveza. Pero tuvo que repetir: Estuvo comiendo hasta que sintió que su cuerpo reaccionaba y que un agradable calorillo le

penetraba por doquier.

—Déme un paquete de cigarrillos — pidió.

Encendió uno, respirando con fruición el humo. Luego, mientras buscaba el dinero para pagar, tropezó con el codo en el paquete, que había dejado en el borde y que cayó al suelo.

Se inclinó para recogerlo.

Y fue entonces cuando su corazón se puso a latir con una fuerza inusitada, teniendo que hacer un verdadero esfuerzo para reprimir su emoción.

¡Había una huella de carbón junto al taburete!

Incorporándose, miró al suelo, viendo que las huellas, menos fuertes que la primera, se dirigían hacia los reservados.

Pagó.

Durante unos instantes, pensó precipitadamente lo que debía hacer.

Saltó del taburete, avanzando hacia la puerta, por la que penetró, viendo entonces que sólo una dependencia estaba iluminada.

Se movió hacia allí, como un tigre.

No estaba armado, pero no le importaba, ya que estaba seguro de que el hombre que allí se ocultaba no esperaba su visita.

Así ocurrió.

Mucho antes de que el profesor pudiera reaccionar, James lo había puesto fuera de combate y desarmado.

Quince minutos después, con su prisionero, llegaba Murray a la Central de la SIP.

* * *

Los registros se hicieron aquella misma noche, en las primeras horas, de modo que muy poco después que James llegase a la SIP se había recogido el oro, así como las misteriosas «plumas» de las que se hizo cargo Pat Sullivan.

Más tarde, pero todavía en las primeras horas de la noche, estaban reunidos en el despacho de Callowan.

Y éste dijo:

—Ahora ya podemos explicar lo ocurrido. El profesor Kumler lo ha confesado todo.

Y tras una corta pausa, continuó;

—David Kumler fue siempre un segundón. Amigo íntimo del profesor Summerland, al que tenemos que buscar inmediatamente, trabajó a sus órdenes, pero en realidad, su amigo le soportaba, ya que David fue un incapaz que nunca hubiera logrado colaborar con nadie importante. En eso tenemos que buscar la raíz del odio que Kumler incubó durante toda su vida. Era un fracasado y no perdonaba a los demás que habían triunfado, en vez de buscar remedio en sus propios defectos. No quiere decir esto que no fuese inteligente,

ya que nos lo ha demostrado completamente. Pero su inteligencia, ha estado siempre vertida hacia la maldad y hacia la ambición, que le han llevado a cometer toda esta escalofriante serie de crímenes.

—¿Y qué papel desempeña el profesor Summerland en todo esto? —inquirió Murray.

—El más importante, ya que fue de él de donde salió la materia que David ha utilizado para su loca venganza.

—¿La cadaverina?

—Sí. Summerland estaba trabajando, desde hace mucho tiempo, en esa clase de experimentos. Según ha explicado el culpable. Summerland perseguía una sustancia que detuviese la corrupción de los cuerpos. Una gran firma de embalsamadores estaba interesada por los experimentos de Summerland y esperaba ansiosamente que el profesor lograra lo que estaba buscando para conseguir sus locos propósitos.

—Comprendo.

—Pero la casualidad hizo que el profesor descubriese la sustancia contraria; es decir, una cadaverina capaz de precipitar la destrucción del cuerpo en poquísimos segundos. Naturalmente, Summerland comunicó su hallazgo a David, sin imaginar que acababa de procurarles el arma que el otro estaba esperando ansiosamente. Y así nació la idea en la mente de Kumler de utilizar la cadaverina descubierta por su amigo para vengarse de la humanidad que tan mal le había tratado y, al mismo tiempo, para enriquecerse.

—Sí.

—Pero para utilizar tal sustancia, David debía preparar el terreno y, sobre todo, quitar de la circulación al profesor Summerland. Por eso y ya que su hija era amiga de la del otro, las convenció para que pasasen unas vacaciones en la costa. Una vez que las dos muchachas salieron de viaje, David secuestró a su amigo, diciendo en la Universidad que había caído enfermo.

Y empezó a trabajar. Como la cantidad de cadaverina lograda por Summerland era muy pequeña y la había obtenido con algunos tejidos que le proporcionaron de la Sección de Anatomía, David necesitaba más cantidad.

Y ni corto ni perezoso, se decidió a robar diez cadáveres del Center.

—¿Lo hizo?

—Claro. Había contratado una banda y mató dos pájaros de un tiro, ya que eliminó a los gangsters al mismo tiempo.

—¡Vaya tipo!

Inmediatamente y ayudado por Hunter, preparó la suficiente cantidad de cadaverina que necesitaba. Luego se le ocurrió lo de las «plumas».

—¿Qué es eso?

—Unos proyectores, que funcionan por medio de aire comprimido a gran presión y que tienen la forma de plumas estilográficas, de ahí su nombre. Con uno de esos aparatos puede lanzarse cadaverina a una distancia de hasta

cincuenta metros, sin que nada exterior aparezca.

—Y las utilizó en la asamblea, ¿verdad?

—Sí. Urdió el plan y empezó por intimidar al mundo. Envío un trozo de piel humana a Thomas D. Warren, el secretario general. Y le impresionó, pero sabiendo que iba a prevenirme a mí.

—¿Cómo? ¿Contaba con eso?

—Sí. Necesitaba demostrar al mundo su poder... y también a nosotros. Por eso, como observador del Consejo y miembro representante, sustituyendo a Summerland, al que hizo firmar una autorización que le permitía ir en su nombre, fue y disparó, con su pluma, la sustancia mortífera.

—Eso es lo que quería yo preguntar—: dijo James.

—¿El qué?

—La cadaverina, ¿es mortífera?

—La corriente no, pero la que descubrió Summerland lo es y mucho. Basta una gota sobre la piel, una gota pequeñísima, para que el organismo se envenene y muera en pocos segundos. Después, la descomposición se produce en el acto.

—¿Y después?

—Ya sabía que había probado su fuerza. Y como estaba seguro de que no daríamos publicidad a lo ocurrido, mató al periodista O'Neil y siguió matando, esta vez ayudado por Hunter, al que enseñó a servirse de las «plumas». Hunter recorrió las calles de la ciudad, lanzando cadaverina a derecha e izquierda, desde lejos, provocando aquel horrible espectáculo cuyo recuerdo nos produce aún escalofríos. Fue un asesinato en masa fríamente calculado.

—Ha confesado planamente, entonces.

—No.

James miró a Callowan.

Después, con voz temblona, preguntó:

—¿Qué quiere usted decir, señor?

—Que no ha confesado dónde está el laboratorio.

Hubo una pausa.

Y fue entonces cuando Elmer entró en el despacho, mirando a los presentes.

—No he encontrado nada — dijo.

—No importa — dijo Callowan —. Ya hemos detenido al culpable.

—¿Quién es?

—El profesor Kumler.

El muchacho palideció.

—¡Oh, no!

Y Callowan, adivinando lo que pasaba en el cerebro de Schott, lo tranquilizó:

—No tienes por qué preocuparte, muchacho. Estoy plenamente convencido de que Helen es inocente.

—Pero...

—Ya comprendo. Cuando descubra lo ocurrido a su padre será horrible, pero todo puede arreglarse. Una joven como ella tendrá que ir olvidando.

Elmer bajó la cabeza.

—Sí, señor.

Donald miró con simpatía al joven.

—Esperad aquí un poco — dijo —. Luego veremos lo que se puede hacer para encontrar ese laboratorio y salvar al profesor Summerland; pero por el momento, deseo que Pat me enseñe una cosa.

El jefe de la SIP y el doctor abandonaron el despacho.

* * *

Sullivan poseía, en los sótanos de la SIP, un laboratorio maravilloso, quizá uno de los mejores del mundo.

Junto a Callowan, bajaron, utilizando el ascensor ultrarrápido. Una vez allí, penetraron en el amplio recinto donde Pat, junto a sus colaboradores, resolvía infinitos problemas a la SIP, contribuyendo así en la lucha que la organización tenía como justificación de existencia.

Avanzaron hacia el fondo.

Había una especie de jaula de cristal, ante la que ya se encontraban varios ayudantes. Al acercarse a la pared transparente, Callowan vio un hermoso perro en el interior.

Luego dijo Pat:

—Vamos a hacer la prueba definitiva, Callowan. Tenemos que preparar la acusación contra Kumler, pero necesitamos demostrar que la sustancia utilizada ha sido la responsable de las muertes.

—¿Es que temes no encontrar nada en el laboratorio?

—Es muy posible que David lo haya destruido. Pero ya sabes que no se trata solamente de eso. En cuanto la opinión pública conozca la verdad, gritarán como locos para que David sea castigado. Y ya conoces las leyes del mundo: no hay castigo sin prueba.

—Es cierto.

—Pensando en que podemos tener una sorpresa en el laboratorio, de donde puede haber sido quitada la provisión de cadaverina, deseo preparar una prueba en la que no haya ninguna duda.

Mostró una de las «plumas» que los agentes habían encontrado en el garaje.

—Fíjate bien, Donald. Esta pluma podía pasar desapercibida en cualquier parte, lo que demuestra la diabólica habilidad de Kumler. Él en la asamblea y Hunter en la calle, pudieron obrar con toda tranquilidad porque nadie podía sospechar nada de un hombre que saca una pluma. Bastaba después apuntar hacia la acera de enfrente, apretar este botón y la tremenda presión lanzaba, en forma de pulverización, la cadaverina, que caía sobre los desgraciados que habían sido tomados como objetivos.

—Comprendo.

—Ahora vas a ver los efectos horribles de esta sustancia.

Pat se hizo a un lado, colocando la pluma en un orificio que había en el muro de cristal.

—¿Es que vas a matar a ese hermoso animal?

—No lo haría si no estuviese ya condenado a muerte.

—¿Está enfermo?

—Mucho. Tiene un tumor y de nada ha servido una operación que le hicimos recientemente.

—Entiendo.

—Es uno de nuestros perros y no vayas a creer que no hemos peleado por salvarle.

—Estoy seguro de ello, Pat. Perdona.

—No tiene importancia. Comprendo tu cariño por nuestros perros. No temas, no sufrirá nada. Además, la prueba en el Jurado se hará con un conejo de indias.

—Bien.

—Ahora, antes de apuntar a ese animal con la «pluma», voy a explicarte lo que ocurrirá.

—Te escucho.

—Al llegar a la piel, las gotas llegan a una gran velocidad y con gran fuerza, lo que hace que penetren, algunas de ellas, por los poros.

—Bien.

—Una vez en el interior del cuerpo, las gotas de cadaverina pasan a la sangre y es entonces cuando se produce la catástrofe.

—Explícate.

—La sangre se convierte en un velocísimo vehículo de la cadaverina, que destruye todo lo que atraviesa, deteniendo el corazón e invadiendo el resto del cuerpo.

—Entonces se produce la muerte, ¿verdad?

—Sí. Pero lo que quiero que comprendas es que al mismo tiempo que el ser atacado por la cadaverina muere, una descomposición tremenda se produce, ya que todo se destroza, se consume, se corrompe, dando al cadáver aquel horrendo aspecto que ofrecían los que vimos en la Asamblea y después

en la calle.

—¡No me extraña que Kumler se sintiese tan fuerte!

—Es un monstruo.

—Desde luego.

Hubo una pequeña pausa.

Luego Pat, mirando a su amigo, preguntó:

—¿Estás preparado?

—Sí.

—No pierdas detalle.

Y Sullivan oprimió el botón.

No se oyó ningún ruido y allí dentro, en la jaula, el animal permaneció inmóvil unos instantes, como si nada hubiera ocurrido.

Luego se desplomó.

Y ante los horrorizados ojos de Callowan, el cuerpo del hermoso perro se convirtió en un horrendo montón de carne corrompida, como si lo hubieran desenterrado después de semanas de haber muerto.

EPÍLOGO

James salió del despacho de Callowan sin poder dejar de pensar dónde se encontraría su compañero Elmer.

Lo que el jefe de la SIP acababa de decirle flotaba aún en su mente, mientras luchaba por comprender cómo un hombre como el profesor Kumler había llegado a dejarse llevar por una ambición que le había conducido a convertirse en el peor de los asesinos. En un monstruo inhumano y feroz.

Pero, por otra parte, la alegría de saber que el padre de Beth no tenía nada que ver, en contra de lo que se sospechó hasta entonces, con aquel horrible asunto, le llenaba el pecho con una sensación de felicidad que hubiese sido completa si la otra pobre muchacha, Helen, no fuese la hija del asesino.

Callowan le había ordenado que buscase al profesor Summerland y a las

dos muchachas. Y todo lo que tenía como datos para encontrarlas era lo poco del relato que Hunter había hecho antes de morir.

Albert Hunter había hablado de aquella casa aislada, donde David había obligado a su director a montar el laboratorio donde se obtenía la cadaverina superactivada de los cuerpos de los asesinados o de los robados en el Center.

¿Dónde podría encontrarse aquella casa?

James recorrió los alrededores de la ciudad, sin darse el menor descanso. Perdió totalmente el día, ya que no pudo encontrar lo que buscaba.

Rendido, cuando empezaba a anochecer, volvió a la Central de la SIP, yendo directamente al despacho de su jefe.

El Viejo seguía allí, quizá pendiente ya de otros asuntos.

—No has encontrado nada, ¿verdad? —inquirió.

—No, señor. He recorrido todos los alrededores de Washington, pero hay cientos de casitas aisladas y de un tipo como el que nos dijo Hunter.

Donald se mordió los labios.

—Tenemos que encontrarlos, muchachos —dijo.

—¿Teme usted algo?

Callowan tardó un poco en contestar. Y sin dejar de borde de la mesa de Callowan, éste, mirándole a los mirar al joven agente, dijo:

—Sí, James. Temo algo.

—¿El qué?

—Lo que puede hacer la locura y el dolor de una muchacha.

—¿Se refiere a Helen?

—Sí. Ella ha debido de enterarse, por la televisión, de que su padre ha sido detenido y de que es el culpable de todo esto. La prueba de que ha reaccionado de mala manera es que cuando fuiste a buscarla a su casa, ya no estaba allí.

—Tampoco estaba Beth en la suya, señor.

—Eso es lo peor.

—¿Por qué?

Donald meneó la cabeza.

—No puedo decirlo aún con seguridad, muchacho; pero haremos algo bueno si encontramos a esas dos jóvenes y al profesor Summerland.

—¿Y cómo nos arreglaremos, señor?

Tampoco contestó Callowan ahora.

Se veía claramente en su rostro y en el fruncimiento de su ceño que estaba reflexionando con una intensidad tremenda.

James hubiera dado cualquier cosa por haberle podido ayudar en aquellos momentos; pero, desde que el Viejo le había hecho entrever que Beth y su

padre podían estar corriendo un grave peligro, su nerviosismo le impedía pensar claramente.

Por último, después de unos minutos que parecieron siglos al joven, Callowan tendió la mano, haciendo funcionar el intercomunicador.

—Digan al doctor Sullivan, que venga a mi despacho.

—Bien, señor.

Todavía esperaron a que Pat llegase. Y cuando el médico estuvo allí, apoyado con ambas manos en el rostro, dijo:

—Necesitamos encontrar esa casa cuanto antes, Pat, ¿No se te ocurre nada?

Pat se puso a reflexionar a su vez.

Pero su aguda mirada adquirió, a los pocos instantes, un brillo especial que hizo que Donald sonriese.

—¿Has encontrado algo? —inquirió, impaciente, el jefe de la SIP.

—Creo que sí —repuso el otro—. Aunque no estoy muy seguro del resultado, por lo menos podemos intentarlo.

—¿De qué se trata?

—Vamos a utilizar un perro.

—¿Un perro?

—Sí. El perro es el animal más sensible a la muerte. Todos sabemos que la presencia o proximidad de un cadáver excita al animal, empujándole a exhalar aullidos lastimeros. Y esto no tiene ninguna explicación sobrenatural ni misteriosa. Sencillamente, lo que ocurre es que el delicado olfato del perro siente, antes que nadie, la presencia que la cadaverina, incluso en estado incipiente, deja en el aire: de ahí que mucha gente haya creído, erróneamente, que el animal es capaz de sentir la muerte antes de que ésta se produzca.

—Muy interesante.

—Un perro, en el helirrotor, con nosotros y junto a una de las portezuelas abiertas, podrá oler la cadaverina, sobre todo la que emana de ese laboratorio, donde aún han de quedar cuerpos humanos.

—¡Magnífico! —exclamó Callowan—. ¡Ya estamos en marcha!

Poco después los tres hombres, a bordo de un helirrotor, se elevaban del campo de la SIP. Un hermoso perro de Alsacia les acompañaba.

Pat lo tenía cogido de la cadena y el animal asomaba el hocico por la portezuela entreabierta.

La noche caía sobre la ciudad.

* * *

Cuando la emisión de televisión comunicó la detención del profesor Kumler, Helen estaba en su casa, a mil leguas de suponer lo que ocurría, ya

que su padre le había ocultado, e igualmente a Beth, sus verdaderas intenciones respecto al profesor Summerland y sus trabajos sobre la cadaverina.

Su primera reacción fue nula, ya que quedó anonadada por las noticias que estaba escuchando.

Pero después, su viejo orgullo y el amor que sentía por David arrastró todas las lógicas advertencias que hubiese podido hacerle el sentido común más elemental.

Un fuego odioso le penetró en el pecho, sintiendo que su padre iba a ser juzgado y ejecutado mientras el de Beth sería, sin duda, rodeado de honores por todo el mundo.

Durante años, desde que era niña, había incubado la envidia que sentía al lado de su amiga, sabiendo que el padre de ésta era el verdadero profesor mientras el suyo era y sería siempre un simple ayudante que ocupaba su puesto gracias a la amabilidad y condescendencia de Summerland.

¡Ahora se daba cuenta de todo!

Lo que su padre había hecho perdía importancia, al compararlo con aquella sed de desquite que ella experimentaba en aquellos momentos. Y estaba perfectamente identificada con el autor de sus días, al que consideraba como un hombre amargado que había demostrado, por lo menos, poseer tanta o más capacidad que su jefe.

No sentía remordimiento alguno.

Por otra parte, segura de que su padre terminaría sus días en la cámara electrónica, deseaba con toda la fuerza que le daba el odio que latía en su pecho poder vengarle e impedir, por lo menos, que los otros no sintiesen el peso de una justicia que se le antojaba la mejor de las venganzas.

Iba a salir de la casa cuando llamaron a la puerta.

Tardó bastante en decidirse. Lo hizo después de muchas dudas y preguntándose, mientras iba a abrirla, quién podía ser su visitante en aquellos momentos.

Era Elmer.

El agente de la SIP tenía una triste sonrisa, como una mueca y no acertaba a expresar lo que, sin ninguna duda, pensaba decir a la muchacha por la que sentía un profundo sentimiento.

Pero ella, simulando como sólo una mujer cargada de odio puede hacer dijo:

—¡Es horrible, querido!

Era la primera vez que le hablaba así y el hombre, poco habituado a ser tratado de aquella manera, cayó en el cepto, tomándola tiernamente en sus brazos.

—No te preocupes, querida... nada ocurrirá...

—Gracias. Pero deseo hacer algo por el pobre profesor Summerland.

Y cuando Elmer la miró interrogativamente, ella dijo:

—Yo sé dónde se encuentra el laboratorio de mi padre, donde el profesor está prisionero.

—¿De veras?

—Sí. Iremos en busca de Beth... ¡Pobrecilla! Quiero ser yo quien le proporcione la primera alegría, después de la noticia horrible que ha debido de oír.

—¡Qué buena eres!

Se besaron de nuevo, pero ella le empujó delicadamente hacia la puerta. Momentos después detenían el coche ante la casa de Beth.

La muchacha les recibió llorando. Y al mirar a su amiga, sin poderlo evitar, se arrojó a sus brazos.

—¡Helen querida! — exclamó.

Esta demostró ser más fuerte y entera ante los ojos maravillados de Elmer.

—Cálmate, querida — le dijo a la otra —. Y vístete rápidamente. Vamos a ir en busca de tu padre.

—¿Cómo? ¿Sabías dónde estaba?

—Sí, aunque ignoraba que mi padre lo tuviese prisionero. Me dijo una vez, sin darse cuenta, que poseía, un laboratorio en un lugar alejado de la ciudad. Me dijo las señas y éstas quedaron grabadas en mi mente.

—¡Qué buena eres, Helen!

La muchacha sonrió.

—No quiero pensar en lo que ha ocurrido — dijo, ensombreciéndose la expresión de su lindo rostro —Lo que deseo es hacer algo por ti y evitar que sigas sufriendo. ¿Vamos?

Una vez fuera de la casa de Beth, rogó a Elmer que la dejase conducir. Lo hizo demostrando una pericia poco ordinaria. Y cuando ya empezaba a caer la tarde, se detuvo en el interior de un parque cerrado, junto a una casa en cuyo garaje introdujo el coche.

Beth estaba visiblemente nerviosa.

—¿De veras que mi padre está aquí? — preguntó con un nerviosismo, que no podía contener.

—Sí.

Precedió a sus acompañantes. Y una sonrisa que ellos no podían ver entreabrió sus labios, poniendo en su rostro una mueca cruel y salvaje.

Una vez en el piso superior y pasando junto al laboratorio, se detuvo ante una puerta que estaba cerrada con llave. Éste pendía del exterior.

—Debe ser aquí — dijo.

Abrió, haciéndose a un lado y descubriendo el principio de una escalera que debía conducir hacia el fondo del sótano.

Incapaz de esperar más, Beth avanzó al tiempo que gritaba:

—¡Papá! ¡Papá!,

Y una voz, que venía de lo hondo respondió:

—¡Beth! ¡Hija mía!

Ella pasó velozmente, empezando a descender por la escalera. Elmer fue tras ella, sacando la linterna para poder romper la negrura que reinaba allí.

Y fue entonces cuando la puerta metálica se cerró tras él, haciéndole saber que había caído en una absurda y horrible trampa.

Lanzando una carcajada, Helen cerró la puerta, dejando la llave en su lugar, segura de que ni con disparos lograría Elmer abrirla.

¡Ahora podría vengarse!

Corrió al laboratorio y fue directamente hacia los matraces que contenían aquel líquido que Summerland había logrado en sus estudios.

Sabía muy bien, por haber ayudado a su padre, cómo se manejaba la «pluma» proyectora. Y al ver allí unas cuantas, se apoderó de una y abrió el recipiente que desprendió un hedor insoportable.

Hundió la «pluma» en el repugnante líquido.

* * *

—El perro empieza a ponerse nervioso — anunció el doctor.

En efecto, el animal erizaba el pelo y gruñía sorda y quedamente. Luego, de repente, levantó la cara hacia el cielo, emitiendo un largo y escalofriante aullido.

—Debe de ser aquí.

James, que conducía el aparato, casi rozando los tejados de las casas aisladas sobre las que iban pasando, lo hizo descender, terminando por posarlo junto al edificio, en el único lugar donde los árboles habían dejado un espacio suficiente para el aterrizaje.

El perro seguía aullando.

Saltando del aparato, los tres hombres se acercaron a la casa, viendo entonces que había luz en el primer piso.

Sin poderlo evitar, James se estremeció.

¿Qué había pasado allí dentro?

Conocía suficientemente a Callowan para saber que las intuiciones del director de la SIP no eran casi nunca vanas. Y por eso, casi seguro de que Beth estaba corriendo un gran peligro, aceleró el paso, se detuvo junto a la puerta y examinó la pared con detalle.

—Podemos subir por aquí — dijo.

En efecto, la fachada era rugosa y llena de adornos, lo que facilitó la ascensión de los tres hombres, incluso la de Pat que, a pesar de ser el menos ágil, lo consiguió como los otros, después de haber dejado el perro abajo.

James, utilizando una piedra diamantífera, cortó el cristal y abrió la ventana ante la que se habían detenido.

Penetraron en el interior.

Un silencio completo reinaba allí.

Utilizando las poderosas linternas que poseían, se orientaron, viendo que habían ido a parar a una habitación semivacía, donde sólo algunas cajas y viejos muebles se amontonaban.

Salieron de ella, tomando un pasillo al final del cual se veía la luz que había descubierto desde el exterior.

Apagaron las linternas.

James, que iba el primero, sacó la Special Luger, apretándola con fuerza en la mano. Avanzó quedamente, seguido por los otros dos, dispuesto a apretar el gatillo en cuanto fuese necesario.

Pero cuando llegó a la puerta del laboratorio, que era la estancia iluminada, se detuvo, horrorizado, mirando el cuerpo que yacía en medio de aquella habitación.

—¡Es Helen!

Callowan y el doctor se acercaron.

—Tiene una de esas malditas «plumas» en la mano—dijo Donald—. Lo que quiere decir que se proponía usarla contra los otros.

—¿Cómo? ¿Es culpable?

—Era lo natural. Debía de haber ayudado a su padre.

—¡Dios mío!

James corrió, buscando a Beth y a los otros. Mientras abría la puerta del sótano, Callowan y Pat seguían junto al cadáver.

—Pobre muchacha —dijo Sullivan.

—Sí. Se dejó llevar por la mentalidad de su padre. Él fue siempre un segundón y ella se dolía de esto más que de otra cosa. Por eso su padre pudo confiar en ella, en su silencio. Para él, Helen era la mejor arma de disimulo, ya que siendo compañera de Beth, podía tranquilizar a ésta de la larga ausencia de su padre, con el que, como ya sabemos, le permitían comunicar por teléfono algunas veces.

Beth, el profesor Summerland y Elmer aparecieron entonces.

Schott estaba pálido como la muerte.

Miró el cadáver corrompido de Helen y sin levantar la cabeza preguntó:

—¿Puedo irme, señor?

Callowan le dijo que sí, comprendiendo todo el dolor que debía experimentar aquel muchacho.

Luego, cuando estuvieron solos, se volvió hacia James y dijo:

—Tú también puedes irte, muchacho. Llévate a la señorita.

—Pero...

Donald sonrió.

—Ya lo comprendo, Murray. Puedes pasar, uno de estos días, por la Central. Tu dimisión está aceptada.

—¡Gracias!

Más tarde, después de cerrar la casa, Pat y Callowan fueron a por el perro y después hacia el autogiro.

—Tendrás que mandar a alguien para que destruya todo ese líquido, Pat.

—Así lo haré.

Y ya a bordo, el doctor dijo:

—Oye.... ¿va a presentar la dimisión, Murray?

—Sí. Y hubiesen sido dos si Helen no acaba de esa mala manera. Voy a decirte algo, Pat: prefiero que mis muchachos se vayan de la SIP para casarse que tener que enviar a los del «Servicio de Ejecuciones» a vengar su muerte...

—Tienes razón.





¡USTED SENTIRÁ EN SU OÍDO EL ARDIENTE ZUMBIDO DE LOS TEMIBLES «COLTS»...!

Porque usted leerá emocionado las narraciones del Oeste de más impresionante realismo.

Colección RUTAS del OESTE

Hombres tenaces, cínicos granujas» aventureros andaces y mujeres de temple y de abnegada entereza, dejaron en las polvorientas rutas de aquel país que estaban do, la esperanzadora semilla de una nueva civilización.

Colección RUTAS del OESTE

USTED YA SABE QUE LA LECTURA DE TODOS SUS VOLUMENES ES UNA EMOCIÓN E INTERÉS SIN PRECEDENTES.

Pero si lo ignora todavía...

¡HAGA USTED LA PRUEBA AHORA MÍSMO!

ALGUNA VEZ, AL DESPERTAR POR LA MAÑANA SE HABRÁ USTED
PREGUNTADO

¿QUÉ SIGNIFICA LO QUE HE
SOÑADO ESTA NOCHE?

LOS SUEÑOS

¿POR QUE LO HE SOÑADO?
SU EXPLICACIÓN Y SIGNIFICADO

por NUSAN

(2ª edición)

Prólogo de **ÁCHILLE D'ANGELO**

(“El Mago de Nápoles”)

Esta INTERPRETACION DE LOS SUEÑOS es, realmente, una obra digna y positiva que presenta su compilación como base de investigación científica y ofrece la experiencia y convicciones del autor, gran estudioso y entendido en esta apasionante materia.

Con esta obra usted comprobará que la significación de sus sueños y pesadillas no es, frecuentemente, la que usted supone. Sus páginas abrirán a su espíritu interrogante todo un mundo de revelaciones y experiencias que definirán sus ocultas emociones y serán fruto de enseñanza para su porvenir

UN TOMO DE 224 PÁGINAS

Pídalo en todas las librerías y a EDICIONES TORAY S.A.

Arnaldo de Oms 51-53 - BARCELONA.

¡UN REGALO DE HORAS FELICES!

GENTE ALEGRE

Del gran escritor americano

ROBERT TALLANT

La absurda y un tanto obesa señora Candy, el tímido e Inocente señor Petit, los turbulentos Blanche y Eddie y el imponderable fantasma del señor Candy son personajes que bajo el irisado prisma de un humor brillante y efectivo, desfilarán para usted en las alegres páginas de este magnífico volumen.

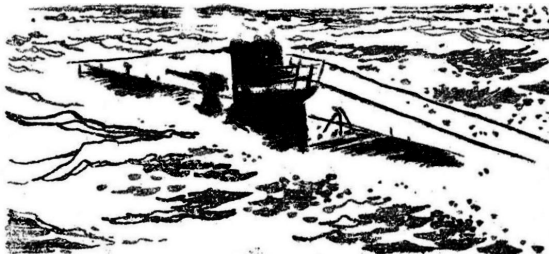
ASÍ QUE LO HAYA USTED LEIDO, LA VIDA LE PARECERA MAS ALEGRE. EL CIELO MAS AZUL, LAS FLORES MÁS FRAGANTES Y SU VECINA MAS GUAPA.

No importa que ría usted con risa de conejo...

SI SE RIE USTED CON ESTE DIVERTIDO LIBRO... ¡TODAS LAS RISAS SON BUENAS!

Precio: 60'— ptas.

Es una selección literaria de
EDICIONES TORAY, S. A.



Bajo la lluvia destructora de las mortíferas armas modernas...

Surcando el cielo en los modernos aviones; buceando con los más atrevidos ingenios las procelosas aguas de los mares...

Aguardando la muerte en el fondo embarrado en una trinchera...

EL HOMBRE CONSERVA TODAVÍA EN SU ALMA LA FLOR INMARCESIBLE DE LA ABNEGACIÓN, DE LA INTEGRIDAD, DEL AMOR A LA PATRIA Y DEL SENTIDO DEL DEBER.

Colección HAZAÑAS BÉLICAS

Le ofrece los más emocionantes relatos llenos de VERISMO, INTRIGA Y VIOLENCIA, pero...

SUS PROTAGONISTAS, HUMANOS, DECIDIDOS Y VALEROSOS, LUCHAN SIEMPRE AL SERVICIO DEL BIEN, EN DEFENSA DEL OPRIMIDO Y CON LA ESPERANZA DE UN MUNDO MEJOR.

Colección HAZAÑAS BÉLICAS

Narraciones de avasalladora y palpitante actualidad que usted leerá emocionado y con el ánimo en suspenso.

Desde el principio de la navegación espacial, cientos de astronaves habían desaparecido sin que pudiera hallarse su paradero.

¿DÓNDE ESTABAN?

¿QUÉ HABIA SIDO DE ELLAS?

REMOLINO EN EL CIELO

¡UNA TEORIA NUEVA ACERCA DE LAS FUERZAS MISTERIOSAS QUE ACTÚAN SOBRE LOS HOMBRES Y LAS MÁQUINAS EN EL ESPACIO!

REMOLINO EN EL CIELO

Intrigante...

Sugestiva...

Emocionante...

¡En cada una de sus páginas!

- 41.— Cráneo de plata.— *Johnny Garland*
- 42.— Rejas de arena.— *Alan Star*
- 43.— El signo de la momia.— *Johnny Garland*
- 44.— Fuego mortal.— *W. Sampas*
- 45.— Policía podrida.— *Alan Star*
- 46.— El planeta negro.— *Johnny Garland*
- 47.— ¡Llega el Ku-Klux-Klan!— *Alan Star*
- 48.— La plaga azul.— *Johnny Garland*
- 49.— Agente femenino.— *W. Sampas*
- 50.— Cadáver en el espacio.— *Johnny Garland*
- 51.— La banda de los nictálopes.— *W. Sampas*
- 52.— ¡Callowan culpable!— *Alan Star*
- 53.— ¡S.I.P. contra la ley!— *Johnny Garland*
- 54.— Un gangster en la S.I.P.— *Alan Star*
- 55.— Tela de araña.— *W. Sampas*
- 56.— Trampa para caballeros.— *Alan Star*
- 57.— ¡S.O.S., Tierra! — *Johnny Garland*
- 58.— Tráfico inhumano.— *Alan Star*
- 59.— "Space Boys".— *W. Sampas*
- 60.— Cadáver en el espacio.— *Johnny Garland*
- 61.— Locura dirigida.— *Alan Star*
- 62.— Póquer de damas.— *Alan Star*
- 63.— Cadáveres incompletos.— *W. Sampas*
- 64.— Asesinos en la torre.— *W. Sampas*
- 65.— Poder infernal.— *Alan Star*

El hombre ha dominado el espacio, pero la ambición, la maldad y el crimen han seguido a los abnegados pioneros que han posado sus plantas en los nuevos planetas.

Por eso la Tierra, para defender la Ley y la Justicia, ha creado una nueva fuerza: la SPACIAL INTERNATIONAL POLICE.

¡La SIP asociada a una banda de ladrones!

LADRONES DE TUMBAS

Intriga y audacia llevadas a límites insospechados por el mejor novelista del género:
W. SAMPAS.

S.I.P.

SPACIAL
INTERNATIONAL
POLICE

6 PTAS

**EDICIONES
TORAY, S.A.**

En Argentina: 9 pesos

Notes

[←1]

se define a una persona que está dominada o que se deja influir en el vicio o la mala costumbre de la gula o el consumo de manera excesivo o exagerado de los alimentos y bebidas